

**ORÍGENES Y CARACTERÍSTICAS DEL SISTEMA
DE PARTIDOS EN CHILE:
PROPOSICIÓN PARA UN GOBIERNO
PARLAMENTARIO***

Arturo Valenzuela**

El trabajo analiza en profundidad el sistema de partidos chileno, su origen y características básicas. El autor sostiene que nuestro sistema de partidos está constituido por corrientes políticas diversas y muy distantes entre sí, las cuales estarían fuertemente arraigadas en la sociedad chilena y determinadas a través del tiempo por tres escisiones generativas fundamentales: centro-periferia, religiosa y de clase. Esta característica, a su juicio, restringe el margen modificable mediante mecanismos de “ingeniería política”.

En la exposición se entrega una valiosa información estadística acerca del comportamiento histórico del electorado chileno, que comprende resultados de votación, índice de fraccionalismo del sistema y correlaciones entre las votaciones obtenidas por los principales partidos chilenos durante este siglo.

El autor critica las correlaciones simples entre votación izquierdista marxista y pobreza, y se muestra escéptico respecto de que el crecimiento económico pueda alterar las preferencias políticas “fuertes”

* El autor agradece la ayuda de Hugo Castillo y Rondy Sindley en la preparación de este trabajo.

** Doctor en Ciencias políticas de Columbia University y profesor titular de Ciencias Políticas en Duke University, donde se desempeña como director del Programa de Estudios Latinoamericanos. Autor, entre otros libros, de *The Breakdown of Democratic Regime: Chile* (The Johns Hopkins University Press, 1978).

tanto de la derecha como de la izquierda, a diferencia de las preferencias comparativamente más “débiles” que caracterizan a buena parte de la votación del centro del país.

Se concluye en el trabajo que la tendencia hacia una fuerte polarización fue agudizada por un exceso de poder presidencial, el cual ha impedido crear mecanismos de acomodación que permitan llevar a un acuerdo sobre las reglas del juego y las políticas requeridas para gobernar el país. De acuerdo a esta conclusión, el autor propone la creación de un sistema parlamentario que tendría tres ventajas importantes. La primera: evitaría la presión por estructurar grandes coaliciones o alianzas electorales en torno a un candidato, lo que favorece la polarización. Por otra parte, eliminaría el continuo estado de confrontación entre el Ejecutivo y el Legislativo. Y en último término, moderaría los programas políticos de los diferentes partidos, al requerir para su implementación un amplio apoyo en el Congreso.

Introducción

Escasos días después del derrocamiento del gobierno de Salvador Allende en Chile, la Junta de Gobierno dictó un decreto por el cual se prohibían determinados partidos políticos y otros se declaraban “en receso”.¹ Durante más de once años los dirigentes partidistas lucharon por sobrevivir bajo un régimen que se ha convertido en el más largo de la historia del país. Los partidos de izquierda debieron hacer frente al desafío más fuerte, pero aun el Partido Demócrata Cristiano, el más numeroso del país, que se había opuesto tenazmente al gobierno de la Unidad Popular, se vio restringido estrictamente en su actuación. El Partido Nacional accediendo a la prohibición de actividades partidistas se disolvió voluntariamente. Si bien varios de sus dirigentes ocuparon puestos en el gobierno, especialmente en el Cuerpo Diplomático, cabe señalar que el gobierno militar no buscó a los dirigentes nacionales de nota para llenar puestos políticos claves, sino que prefirió a tecnócratas conservadores, pero apolíticos. Las autoridades militares habían estimado con acierto que si habían de dejar su huella en el país tendrían que evitar toda actividad partidista. En pocos países del mundo los partidos habían desempeñado un papel tan prominente como en Chile por un lapso tan prolongado. Los partidos designaban dirigentes en los

¹ Los partidos fueron prohibidos inicialmente por el Decreto Ley 77, de septiembre de 1973. Por el Decreto Ley 1697, de 1977, se adoptaron medidas restrictivas dirigidas a la Democracia Cristiana.

poderes Ejecutivo y Legislativo y determinaban las opciones de política; pero también estructuraban divisiones en la sociedad. Su influencia alcanzaba a la mayoría de los grupos de interés, asociaciones comunitarias, instituciones educacionales, incluso a los clubes de fútbol y a las iglesias. Los candidatos a puestos sindicales y a cargos de autoridad en colegios y universidades se presentaban con colores políticos y las organizaciones políticas daban tanta importancia a sus resultados como si se tratara de una elección parlamentaria extraordinaria.

El destacado lugar que ocupan los partidos en la política chilena no es un fenómeno nuevo. Se relaciona estrechamente con la larga tradición de política democrática en Chile. Desde 1830 el sufragio (aunque con un electorado restringido) ofreció el único mecanismo para llenar los cargos de autoridad presidencial y parlamentarios.

Las salvedades a este patrón se produjeron en los años críticos de 1891, 1924 y 1932, cuando gobiernos inconstitucionales detentaron el poder durante períodos hasta de cinco meses. Con la excepción parcial de la dictadura de Carlos Ibáñez (1927-31), quien llamó a tecnócratas civiles para llenar cargos públicos mientras encarcelaba y exiliaba a ciertos dirigentes políticos destacados, los partidos constituyeron la fuerza política determinante para forjar las instituciones democráticas de la nación, a la vez que fueron actores prominentes en períodos de inquietud e inestabilidad político. De hecho, tan importante como el papel que desempeñaron los partidos chilenos en el quiebre de la democracia es el que los identifica con el surgimiento y la consolidación de hábitos democráticos durante varias generaciones.

Todo estudio de las perspectivas de redemocratización en Chile y de la función de los partidos chilenos debe tener presente estos hechos históricos. Si bien los regímenes militares pueden compartir ciertas características comunes, el efecto que producen a largo plazo depende de las instituciones políticas y sociales preexistentes a las cuales procuran imponer sus políticas, más que las políticas mismas. No obstante, la determinación de la índole de estas instituciones se ve dificultada por el hecho de que la propia presencia de un gobierno militar es testimonio de que el sistema experimentó una crisis profunda. Tiene, pues, igual importancia aclarar en qué medida el sistema anterior se había desintegrado antes del advenimiento del gobierno militar. ¿Estaba el sistema de partidos de Chile irrevocablemente destruido antes del pronunciamiento? Si no lo estaba, ¿se cumplió esta tarea con la experiencia del gobierno militar? O bien, aun cuando la respuesta a la primera pregunta fuera afirmativa, ¿podría la experiencia del gobierno militar ofrecer alguna

razón para pensar que de las cenizas del antiguo sistema partidista surgirá otro parecido? ¿O será totalmente distinto? Sea parecido o distinto, ¿qué papel le corresponde a la ingeniería constitucional o política en el avance hacia la redemocratización?

En este trabajo y procuraré responder a dichas preguntas en cinco partes. La primera y segunda se referirán a los orígenes y naturaleza del sistema de partidos, y el lugar que él ocupa en el contexto del proceso político de Chile. Es obvio que la política partidista no se puede entender aislada del contexto político amplio en que funciona. En la tercera y cuarta partes se analiza el quiebre de la democracia chilena y el gobierno militar posterior, y se procura juzgar en qué medida estos fenómenos paralelos han minado el sistema de partidos. La quinta parte y final tratará del papel de los partidos en la transición a un régimen democrático y del agrado en que la dirección política puede reformular el sistema de partidos en Chile. Se argumentará, sobre la base de los supuestos del análisis que se presenta en el estudio, que los dirigentes políticos chilenos deben considerar seriamente la institución de una forma de gobierno parlamentario como medio de instaurar una democracia estable.

I Antecedentes Históricos del Sistema de Partidos en Chile

Con frecuencia se ha señalado el carácter particular del sistema de partidos en Chile. Según Silvert, "Chile es único, no sólo en cuanto al número de sus partidos políticos, sino al alcance nacional de éstos, su alto grado de impersonalismo y la manera en que calzan dentro de tres ideologías principales".² Federico Gil agrega que los partidos chilenos se asemejaban más a sus contrapartes europeos que a los partidos de otras repúblicas americanas.³

En el hemisferio occidental predominan los partidos de base heterogénea, pero en Chile éstos se acercan mucho más a los modelos europeos con base de masas. En ningún otro país de América del Norte o del Sur se produjo un sistema de partidos con tres tendencias ideológicas separadas, cada una con el apoyo de entre una cuarta y una tercera parte del electorado,

² Kalman H. Silvert, *Chile: Yesterday and Today* (New York: Holt, Rinehart and Winston, 1965), p. 99.

³ Federico Gil, *The Political System of Chile* (Boston: Houghton Mifflin Co., 1968), p. 244.

entre ellas una izquierda marxista y una derecha política, ambas de organización fuerte y orientación electoral.⁴

El centro del espectro político ha estado ocupado por partidos cuyo ascenso o descenso ha dependido de la fuerza de los polos, pero en su mayor parte los partidos de centro han sido muy organizados y, aunque policlasistas, han presentado plataformas ideológicas propias, libres de las características populistas o personalistas típicas de otros países de la región. Y cuando el Partido Conservador perdió su brillo como partido de la fe ligresía católica, ganó fuerza nacional un partido Demócrata Cristiano progresista sin paralelo exacto en América Latina.

Incluso se podría sostener que el sistema de partidos de Chile se acercaba más a un sistema europeo prototípico, con la posible excepción de la Cuarta República francesa, aunque ninguno de ellos incorporó tantos de los rasgos destacados de la política partidista chilena.

El sistema partidista chileno debe sus características básicas a tres escisiones generativas, o divisiones societales de fondo, que se manifestaron en distintas épocas: centro-periferia, religiosa (Estado contra Iglesia) y de clase (trabajador contra empleador).⁵

⁴ Hay una asombrosa carencia de estudios generales de los sistemas de partidos en América Latina. La excepción es Ronald McDonald, *Party Systems and Elections in Latin America* (Chicago: Markham Publishing Company, 1971), obra ya anticuada que fue objeto de escasa atención por parte de los especialistas. Un estudio útil, que enumera algunas de las monografías dedicadas a sendos partidos, es Mary Jeanne Reid Martz, "Studying Latin American Political Parties: Dimensions Past and Present", *Journal of Latin American Studies* Vol. 12, Nº 1: 1139-167. Hay una extensa descripción, partido por partido, en Robert J. Alexander, *Political Parties in the Americas: Canada, Latin America and West Indies* 2 vols. (Wesport, Ct.: Greenwood Press, 1982). La maciza obra de Kenneth Janda, *Political Parties: A Cross National Survey* (New York: The Free Press, 1980) contiene informaciones acerca de diez países latinoamericanos, si bien, curiosamente, Costa Rica, Brasil, Chile, Colombia y la Argentina se cuentan entre los que faltan. Sobre los partidos chilenos, véase el estudio clásico de Alberto Edwards y Eduardo Frei, *Historia de los partidos políticos chilenos* (Santiago: Editorial del Pacífico, 1949). Entre otros estudios útiles, Germán Urzúa Valenzuela, *Los partidos políticos chilenos* (Santiago: Editorial Jurídica, 1968); Sergio Guilisasti Tagle, *Partidos políticos chilenos* (Santiago: Editorial Nascimento, 1964); Gil, *The Political System of Chile*. Un resumen útil que es preciso usar con cautela por sus frecuentes errores es Lía Cortés y Jordi Fuentes, *Diccionario político de Chile* (Santiago: Editorial Orbe, 1967).

⁵ Este análisis se basa sustancialmente en Arturo Valenzuela y J. Samuel Valenzuela, "Partidos de oposición bajo el régimen autoritario chileno", *Revista Mexicana de Sociología* XLIV, Nº 2 (abril-junio 1982), reproducido en Manuel Antonio Garretón et al., *Chile 1973-198* (Santiago: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, 1983). El marco teórico se basa en el análisis de la generación de los sistemas de partidos europeos que aparece en Seymour Martin Lipset y Stein Rokkan (de.), *Party Systems and Voter Alignment: Cross National Perspectives* (New York: The Free Press, 1967). La extensa obra de Rokkan acerca del alcance de la participación electoral y formación de partidos está compilada, en parte, en su *Citizens, Elections, Parties* (Oslo: Universitetsforlaget, 1970). Véase, en particular, "Nation Building, Cleavage Formation and the Structuring of Mass Politics", pp. 72-144. Hemos traducido "generative cleavages" como "escisiones generativas".

Es indispensable subrayar, sin embargo, que un sistema de partidos no es producto solamente de las divisiones societales. En otros países también hubo escisiones centro-periferia, religiosa y de clase, con resultados muy distintos. Lo determinante no sólo es la presencia de divisiones societales particulares sino cómo y cuándo ellas se manifiestan políticamente. Esto depende de que determinada escisión se desarrolle en el momento oportuno y de la naturaleza de las estructuras institucionales y reglas del juego que canalizan las fuerzas políticas que surgen de las divisiones societales en determinados momentos, y que a la vez reciben el desafío de esas fuerzas.⁶

Lo que dio al caso chileno su carácter particular fue la manera en que se resolvió la primera escisión, la de centro-periferia, a comienzos del siglo diecinueve. Igual que en el resto de América Latina, en Chile hubo fuerte resistencia al desarrollo de un estado laico centralizado. La resistencia nació de rivalidades personales y familiares; de rivalidades regionales como las que tuvieron su base en la zona de Concepción; de intereses económicos de base regional, como los de los mineros de las provincias del norte; y de las élites de terratenientes conservadores, celosos de su autonomía y defensores del predominio de la Iglesia en asuntos educacionales y sociales. Aunque en apariencia, partidarias de algunas de las nuevas instituciones republicanas, estas tendencias centrifugas no vacilaron en recurrir a la fuerza, particularmente en las guerras civiles de 1851 y 1859, con miras a adelantar sus propios intereses y frenar la autoridad central.

Pero la clase política emergente de Chile no sólo inició con éxito un programa de desarrollo económico y extensión de la autoridad estatal sobre el territorio nacional y los grupos e instituciones rivales, sino también logró vencer todos los desafíos armados y establecer una efectiva hegemonía sobre las fuerzas militares.

A su vez, esto significó que los que desafiaban la autoridad estatal se vieron obligados a promover sus intereses mediante votos y no balas. La cuestión religiosa pronto dominó la escena, a medida que las élites estatales

⁶ El problema de la secuencia y oportunidad de las crisis políticas ha recibido atención considerable en la literatura. Hay un análisis de estos fenómenos en relación con los partidos en el último capítulo de Joseph Lapalombara y Myron Weiner (de.), *Political Parties and Political Development* (Princeton: 1966). Se pueden encontrar tratamientos históricos de casos europeos y de los Estados Unidos, en esta perspectiva, en Raymond Grew (de.), *Crises of Political Development in Europe and the United States* (Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1978). Hay una valiosa crítica en Robert T. Holt y John E. Turner, "Crises and Sequences in Collective Theory Development", *American Political Science Review* Vol. 69 (septiembre 1975): 969-94.

anticlericales pugnaban por una mayor laicización y el Partido Conservador junto a la Iglesia, procuraban defender la influencia temporal de las élites religiosas. Sin embargo, como la oposición se centraba en el Congreso y no en el campo de batalla, a menudo elementos tan dispares como los conservadores y los radicales hacían causa común para tratar de resolver sus diferencias y promover sus programas.

Para los opositores era de máxima importancia la ampliación del sufragio y el término de la intervención oficial en las elecciones. Como en Gran Bretaña, los conservadores chilenos debido a su posición de fuerza en el agro, pronto comprendieron que la ampliación del sufragio los favorecía y se unieron a radicales y liberales ideológicos en procura de esa meta, pese a que estos grupos eran aún más firmemente anticlericales que los liberales del gobierno. Incluso ya en los años de 1860 los conservadores colaboraron en el Congreso mediante una estrategia política común con miembros del Partido Radical, el que logró representación parlamentaria y ministerial varios decenios antes que su contraparte en la Argentina.⁷

Estos esfuerzos condujeron a una amplia reforma electoral en 1874, a una mayor democratización y aumento de la autonomía local luego de la guerra civil de 1891, que constituyó la culminación de los esfuerzos que realizaron amplios sectores de las élites políticas por frenar la arbitrariedad de la autoridad ejecutiva. La guerra dio inicio a un período de treinta y cuatro años de gobierno parlamentario, durante el cual las mayorías parlamentarias determinaban la composición de los gabinetes y los partidos reforzaron sus raíces organizativas en una tentativa de ampliar su apoyo electoral.

Las reglas de la contienda política, con un papel central para el Congreso en la formulación de políticas, aparecieron antes del sufragio universal masculino. La participación política fue, a su vez, un proceso paulatino que respondía a la extensión, en los términos de Duverger, de partidos creados internamente, los que salían de la arena política para estructurar organizaciones locales y populares y así obtener ventajas electorales. La política legislativa y partidista precedió también a la formación de una fuerte burocracia estatal, con lo cual ésta quedó condicionada por aquélla. Los individuos y los grupos de interés manifestaban sus exigencias por intermedio de partidos y facciones legislativas, y no directamente a los

⁷ El papel clave de la ampliación del sufragio y del Partido Conservador en el establecimiento de instituciones democráticas en Chile está documentado en Arturo Valenzuela y Samuel Valenzuela, "Los orígenes de la democracia. Reflexiones teóricas sobre el caso de Chile", *Estudios Públicos* N° 12 (Primavera 1983).

organismos estatales ni mediante planes corporativistas. Con ello se reforzó la índole utilitaria y aun corrompida de la política de ese período, la que se basaba en el intercambio de votos y la distribución de la riqueza nacional para beneficio de electores y partidarios, lo que a menudo chocaba con las declaraciones ideológicas y de principios de los partidos y sus dirigentes. Con todo, tuvo el efecto de convertir a los partidos en la palanca del proceso político, aislando a la política chilena de las tendencias estatistas, corporativistas y populistas que se siguieron en países donde el Congreso era débil y donde los organismos públicos se desarrollaron bajo la tutela del Poder Ejecutivo.⁸

Fue en el entorno institucional de la República Parlamentaria, caracterizado por una política en alto grado competitiva y organizaciones partidarias en expansión, donde se destacó políticamente la tercera escisión, la de clases. El período de la República Parlamentaria coincidió con una época de cambios extraordinarios en los niveles de urbanización e industrialización, impulsados por una economía salitrera en auge. Pero aun cuando el Partido Radical procuró ampliar su base de profesionales urbanos, profesores, comerciantes y artesanos calificados (y, en el sur, agricultores productores de trigo), para alcanzar el creciente proletariado industrial y minero, no logró captar el apoyo de estos elementos.

Como lo señala Samuel Valenzuela, este fracaso se debió a que el ambiente industrial del momento no favorecía la negociación colectiva ni la sindicalización obrera. De hecho, la reacción de las autoridades fue la de reprimir el movimiento obrero con extraordinaria dureza. Los políticos moderados como los radicales no podían representar los intereses de la clase obrera, pues carecían de dirigentes capaces de hacer frente a la represión de empleadores y gobierno.⁹

Pero si bien los derechos sindicales eran limitados, los derechos políticos eran amplios. Los nuevos dirigentes obreros, inspirados en el socialismo y el anarco-sindicalismo europeos, pronto descubrieron que mientras no podían hacer valer sus quejas en el lugar de trabajo, sí podían

⁸ Véase Arturo Valenzuela y Alexander Wilde, "El Congreso y la redemocratización en Chile", *Alternativas* N° 3: 5-40. Hay un análisis heterodoxo del período de la república parlamentaria en Julio Heise González, *Historia de Chile 1861-1925* Vol. Y (Santiago: Editorial Andrés Bello, 1973); Vol. II (Santiago: Editorial Universitaria, 1982). Véase también Arturo Valenzuela, "Politics, Parties, and the State in Chile: The Higher Civil Service", en Ezra Suleiman (de.), *The Higher Civil Service* (New York: Holmes and Meier, 1984).

⁹ Véase Samuel Valenzuela, "Labor Movement Formation and Politics: the Chilean and French Cases in Comparative Perspective, 1850-1950". Tesis de doctorado sin publicar, Columbia University, 1979.

organizarse y presentarse a elecciones para cargos públicos. El primer partido obrero de alguna importancia, el Partido Democrático (fundado en 1887), eligió su primer candidato a parlamentario en 1894. Otros partidos no tardaron en descubrir que los pactos y alianzas electorales con el nuevo grupo obrero reforzaban su propia postura frente a rivales tradicionales. El Partido Democrático se alió con los liberales y los radicales, incluso estructuró pactos electorales con el Partido Conservador. Esta disposición a aliarse con grupos tradicionales determinó una división en las filas del partido en 1912, la que condujo a la formación del Partido Socialista de los trabajadores, precursor del Partido Comunista que se fundó en 1922.

Aun cuando el Partido Comunista rechazaba las alianzas con las fuerzas tradicionales, sí aceptaba la estrategia de obtener ganancias electorales y solía aliarse con el Partido Democrático. Ya en 1926 había obtenido tres senadores. Y en 1938 se alió con los radicales y con el recién formado Partido Socialista en la elección exitosa de un candidato bajo la consigna del Frente Popular. El partido siguió obteniendo ganancias electorales pese a los esfuerzos que se hicieron por suprimirlo y que fructificaron en 1948.

En resumen, la índole competitiva de un sistema político centrado en el Congreso permitió que se incorporaran al proceso político partidos creados fuera del ámbito legislativo.¹⁰ A los partidos que se desarrollaron a mediados del siglo diecinueve en respuesta a las escisiones centro-periferia y religiosa, pero que continuaban representando intereses económicos de las clases dirigentes, se agregaron partidos que representaban a la clase obrera. Su presencia en la escena política sólo hizo redoblar los esfuerzos de los partidos tradicionales por ampliar sus bases y su organización. Escribiendo sobre Europa, Lipset y Rokkan han observado que “es difícil encontrar una excepción significativa a la regla de que aquellos partidos que lograron establecer organizaciones de masas y atrincherarse en las estructuras locales de gobierno, antes del impulso final hacia la movilización máximas, han resultado los más viables”.¹¹ Lo dicho vale también para Chile, al igual que su aseveración de que el carácter del sistema de partidos se mantiene notablemente semejante al que se consolida al momento de la ampliación inicial del sufragio. Si el sistema es competitivo durante la ampliación del sufragio. Si el sistema es competitivo durante la ampliación inicial del sufragio. Si el sistema es competitivo durante la ampliación del sufragio, parece que el “mercado de apoyo

¹⁰ Hizo la distinción clásica Maurice Duverger en su *Parties Politiques* (París: Armand Colin, 1951).

¹¹ Lipset y Rokkan, “Cleavage Structures, Party Systems and Voter Alignments”, en Lipset y Rokkan (de.), *Party Systems and Voter Alignments*, p. 51.

electoral” se agota y deja poco espacio para movimientos nuevos, aunque a lo largo de los años, como se verá más adelante, numerosos partidos intenten establecerse con escaso éxito. La única excepción notable es el surgimiento de la Democracia Cristiana como partido importante a fines de la década del cincuenta, tardío reflejo de la cuestión religiosa, producto de la ruptura de electores católicos y funcionarios eclesiásticos con el Partido Conservador en busca de una alternativa cristiana y reformista ante la izquierda; y también en respuesta a la declinación del Partido Radical como tendencia centrista viable.

II Características del Sistema de Partidos en Chile a Medios del Siglo

El mejor punto de partida para describir la dinámica del sistema de partidos en Chile es un estudio de las grandes tendencias electorales del último medio siglo. El año 1932 es un buen momento para comenzar, pues ese año Chile volvió a la estabilidad constitucional luego de un interludio durante el cual varios presidentes renunciaron a su cargo, incapaces de resolver las crisis políticas y económicas, interludio que también contó con la participación militar directa en política en dos ocasiones distintas, por períodos de varios meses.

Los años de 1930 culminaron en Chile con la elección del Frente Popular y el inicio de una serie de gobiernos de centro-izquierda que durarían hasta 1952, cuando el discurso populista de Carlos Ibáñez impuso al sistema tradicional de partidos un desafío breve, pero significativo. A su gobierno sucedieron un régimen conservador con Jorge Alessandri (1958-1964), un gobierno reformista con Eduardo Frei (1964-1970) y el régimen izquierdista de Salvador Allende (1970-1973).

En el Cuadro 1 se da un panorama de las tendencias globales de Chile entre 1932 y 1970, con todos los partidos chilenos que recibieron más del 5% de la votación en elecciones de diputados entre 1937 y 1973. En los años 30 y 40 los partidos de derecha tenían la mayoría relativa más alta, con alrededor del 40% del electorado. A la inversa de sus contrapartes en Francia y Alemania, y más cerca de los conservadores en Gran Bretaña, la derecha chilena mantuvo una base electoral fuerte y se resistió a la fragmentación durante largo tiempo.¹²

¹² Lipset y Rokkan señalan la debilidad electoral de la derecha alemana y francesa que condujo a una asimetría respecto del centro y la izquierda.

No obstante, en los años 50 y 60 comenzó a erosionarse el apoyo de la derecha y a crecer ininterrumpidamente el apoyo de la izquierda. Los partidos de centro obtuvieron entre el treinta y el cuarenta por ciento, con la excepción notable del Partido Demócrata Cristiano, que en la elección parlamentaria de 1965 obtuvo el 42,3% de la votación, el total más alto para un partido solo en la política chilena moderna.

Cabe observar, sin embargo, que ya en 1941 en la primera elección parlamentaria después de la ascensión al poder en 1938 del Frente Popular compuesto de radicales, comunistas y socialistas, la izquierda dejó atrás tanto a la derecha como al centro y obtuvo el 34% de los votos. El Partido Comunista, en particular, hizo grandes avances en los años 40, a veces a expensas de sus compañeros de coalición, y alcanzó triunfos impresionantes en las elecciones locales de 1947. El éxito comunista, las divisiones en la coalición de gobierno y el inicio de la guerra fría condujeron a la proscripción del Partido Comunista durante diez años. En 1949 el electorado izquierdista bajó al 9,4%, su nivel más bajo en el período. Poco a poco, sin embargo, la izquierda recuperó su fuerza electoral, aunque no logró igualar el total de 1941 hasta 1973, en los tumultuosos años de la Unidad Popular.

Se produjeron cambios significativos en el centro del espectro político. El Partido Radical dominó la política chilena en los años 30 y 40, pero a comienzos de los años 50 la ciudadanía exigía cambios y abandonó al Partido Radical y demás partidos tradicionales, en favor de los llamados populistas del ex presidente Carlos Ibáñez y una multitud de partidos más pequeños y regionales. Los radicales nunca se recuperaron del todo, aunque el movimiento de Ibáñez resultó efímero. Los reemplazó en gran medida la Democracia Cristiana, que creció a expensas de ellos y de la derecha. Entre 1961 y 1973 (última elección parlamentaria) la derecha bajó del 34,8% al 21,1% de los votos y el Partido Radical cayó del 21,4% al 3,6%. La Democracia Cristiana pasó del 16,5% al 28,5%, en tanto que los partidos de izquierda aumentaron su participación del 22,1% al 34,6% de la votación, la cifra más alta que habían obtenido en la historia.

Si bien los totales nacionales revelan la importancia de estos cambios, se debe destacar que ellos fueron de amplio alcance y afectaron a comunidades grandes y pequeñas, urbanas y rurales, a lo largo de todo el país. Esta observación se confirma mediante un análisis en detalle por comuna de las elecciones municipales, las que a menudo se centraban mucho más en cues-

¹³ Todos los datos de este artículo fueron compilados por el autor a partir de datos electorales de la Dirección del Registro Electoral, Santiago, Chile.

tiones locales. De acuerdo con el Cuadro 2, el Partido Nacional perdió, en promedio, el 14,8% de la votación y el Radical perdió un promedio del 16,2%. En cambio, el Partido Demócrata Cristiano vio elevarse su participación en el 14,2% y la votación comunista y socialista subió en el 6,9% y 7,3%, respectivamente. Los partidos menores aumentaron su participación en un promedio del 2,7%. Aún más espectacular es el hecho de que estos partidos aumentaron su votación en más de los dos tercios de las comunas de Chile, en tanto que radicales y nacionales perdieron un promedio del 17,8% y 16,7% en 168 y 263 comunas, respectivamente. En las comunas en que los partidos obtuvieron una votación superior a la media nacional, el Comunista incrementó la suya en el 18,9% en 89 comunas, el Socialista en el 20,4% en 86 comunas y el Demócrata Cristiano en el 25% en 112 comunas. La tendencia de las elecciones municipales indicó erosión de la derecha en favor de la izquierda y la Democracia Cristiana, aunque en las elecciones presidenciales el cambio no aparecía tan grande, y Allende en 1970 ganó un porcentaje de la votación inferior al que ganó en 1964.

Este breve panorama de las tendencias del apoyo partidista en Chile revela dos características básicas de la política partidista chilena: su alto grado de competitividad y su marcada polarización.¹³

Competencia Partidista

En el período entre 1932 y 1973, 45 partidos lograron elegir a lo menos un representante a la Cámara de Diputados. De ellos, 23 partidos tuvieron éxito en una sola elección, siete obtuvieron representación en dos elecciones sucesivas, cuatro en tres. Once partidos pudieron hacer uso del sistema electoral D'Hondt modificado, vigente en Chile, para obtener la elección de sus candidatos durante más de tres períodos.

En el Cuadro 3 se ve que el número de partidos fue más alto en tiempos de crisis política, como ocurrió luego de la depresión y en los primeros años de la década del 50, cuando Ibáñez desafió a los partidos tradicionales con su retórica populista. Los índices de fraccionamiento de Rae y Laakso y de Taagepera son más altos en 1932 y 1952, cuando 17 y 18 partidos respectivamente, obtuvieron representación parlamentaria. Ya en los años 60 el número de partidos que elegían candidatos había disminuido notablemente, a medida que los cuatro grandes partidos tradicionales y la Democracia Cristiana consolidaban su posición. Como se ve en el cuadro, los cinco partidos más grandes de Chile han gozado siempre de la mayor parte del electorado, además de una proporción aún mayor de escaños parlamentarios.

En un estudio del fraccionamiento de partidos en 27 “democracias estables” en el período de 1945-1973, Giovanni Sartori señala que Chile ocupa el tercer lugar, en esa medida, después de Finlandia y Suiza, seguido de cerca por la Cuarta República francesa, los Países Bajos e Israel. El Uruguay, único país latinoamericano además de Chile que figura en la muestra, aparece en decimonoveno lugar.¹⁴

En Chile también el fraccionamiento se dio en todos los niveles: no fue simplemente el resultado de patrones de votación o de agregados nacionales en Santiago y otras zonas urbanas grandes, donde se concentra más de la tercera parte de la población. El análisis de regresión múltiple, que se entrega en el Cuadro 4, revela que ni el tamaño ni el grado de urbanización explica el nivel de fraccionamiento político. Tampoco variables tales como el porcentaje de la población ocupada en minería o agricultura, o el porcentaje de la población de categorías obreras o de clase media, explican la varianza del fraccionamiento. Más aún, la competencia partidista en Chile era tan intensa en las elecciones nacionales como en las locales, fenómeno que distingue a Chile de Francia, donde las elecciones locales centradas en cuestiones locales dieron como resultado un fraccionamiento mucho menor que las elecciones para la Asamblea Nacional cifradas en cuestiones nacionales. En el Cuadro 5 se confirma esta aseveración al comparar un índice de competencia partidista en ambas clases de elecciones, por comuna, en Chile y en Francia. El mismo cuadro señala que la competencia partidista fue uniformemente alta en todas las regiones de Chile en ambas elecciones, y que en cuatro de ocho regiones del país, la competencia partidista en elecciones municipales superó el nivel de la competencia partidista en elecciones nacionales.¹⁵

¹⁴ Giovanni Sartori, *Parties and Party Systems: A Framework for Analysis* (Cambridge, England: Cambridge University Press, 1976), p. 313. Las cifras efectivas de fraccionamiento en el período 1945-1973 son las siguientes: Finlandia 0,804, Suiza 0,801. Chile 0,796, Francia IV 0,790, Suiza 0,801, Países Bajos 0,787, Israel 0,784. Dinamarca tuvo una cifra de 0,755 e Italia de 0,721. Hay un estudio inteligente que calcula el índice de fraccionamiento, junto con probar los resultados de Douglas Rae en el caso chileno, en M. Teresa Miranda H., “El sistema electoral y el multipartidismo en Chile”, *Revista de Ciencia Política* Vol. 4, N° 1 (1983): 59-69, 130-138.

¹⁵ Este punto se elabora en Arturo Valenzuela, “The Scope of the Chilean Party System”, *Comparative Politics* Vol. 4, N° 2 (enero 1972). Además, el examen de los aspectos socioeconómicos correlacionados de la competencia partidista apoya los resultados que figuran en el Cuadro 4 con el fraccionamiento. En Chile, las comunidades más pequeñas y atrasadas en los aspectos socioeconómicos tenían la misma probabilidad de mostrarse competitivas que las más grandes y modernizadas, indicio fuerte de que las variables del sistema de partidos no estaban vinculadas estrechamente con los determinantes socioeconómicos. Estos resultados refutan un importante cuerpo de literatura que ha procurado establecer esa relación y da a entender que los fenómenos políticos eran variables independientes de por sí. Véase, por ejemplo, S. N. Eisenstadt, “Social Change, Differentiation and Evolution”, *American Sociological Review* Vol. 29, N° 3 (junio 1964): 375-87. Este tema volverá a aparecer más adelante cuando se analice el apoyo de los distintos partidos.

Polarización de los Partidos

Sartori, sin embargo, ha sostenido con elocuencia que el fraccionamiento o el grado de competitividad, si bien se presta fácilmente a la cuantificación, no basta para reflejar la característica más importante de un sistema multipartidista. Varios países, entre ellos Suiza, Israel, los Países Bajos y Dinamarca, tienen niveles de fraccionamiento comparables a los de Chile. No obstante, en aquellos países la distancia ideológica entre partidos no es tan grande, lo que destaca claramente el hecho de que el fraccionamiento es independiente de la polarización. Chile, de acuerdo con Sartori, se puede clasificar, junto con Finlandia, Italia y la Cuarta República francesa, como sistema de partidos polarizados, dados sus polos de Derecha e Izquierda muy definidos compuestos de partidos con objetivos políticos fuertemente divergentes e incluso con claras diferencias acerca de la naturaleza misma del régimen.¹⁶

Igual que la competencia entre partidos, esta distancia ideológica no es el resultado de los totales nacionales, esto es, un reflejo de zonas geográficas políticamente homogéneas, que manifiestan preferencias políticas diferentes, las cuales conducen a totales nacionales muy distintos. En una elección cualquiera, la polarización se debía evidentemente al grado de apoyo que recibían la izquierda y la derecha y a la suerte de los partidos de centro. Esta relación se observa durante los años 60, si se examina el número de comunas del país que dieron apoyo a la derecha y a la izquierda por encima de los promedios nacionales que obtuvieron en la elección parlamentaria de 1965, la menos polarizada del decenio debido al éxito de la Democracia Cristiana. Como se ve en el Cuadro 6, en 1961 hubo 102 comunas, esto es el 35% del total, polarizadas en alto grado, con apoyo electoral superior al 30% tanto para la izquierda como para la derecha. En 1969, el número de dichas comunas polarizadas disminuyó a 77 (27%), pues los demócratacristianos lograron mantener un promedio de votos elevado. Pero ya en 1973 la polarización se había acentuado fuertemente y más de la mitad de todas las comunas registraron una votación alta tanto para la derecha como para la izquierda, aunque el porcentaje de votos que recibió la derecha bajó a medida que ganaban los partidos de izquierda. En esa elección los partidos de centro se aliaron con la derecha y el escrutinio se realizó sobre la base de dos coaliciones, lo que destaca la polarización casi total de la política chilena.

¹⁶ Véase Sartori, pp. 310-315.

La Base Heterogénea del Apoyo Partidario

A las dimensiones de competitividad y polarización podemos agregar una tercera, la que no se distingue fácilmente en las tendencias electorales en el tiempo. Si bien el sistema contemporáneo de partidos en Chile se caracterizó por un fuerte debate ideológico centrado en las cuestiones de clase, sería un error suponer que las bases electorales de los partidos estaban definidas estrictamente por líneas de clase.¹⁷

Está claro que los partidos de izquierda, especialmente el Comunista, obtenían buena parte de su apoyo entre elementos de la clase obrera, en particular los mineros y obreros industriales. Los partidos de derecha y centro a todas luces reunían más votos en las clases alta y media, aun cuando el apoyo electoral de estos partidos comprendía grandes porcentajes de trabajadores. Para la derecha, los trabajadores rurales constituían un bloque electoral más seguro, aunque en ciertas zonas del país los radicales contaban con un apoyo campesino considerable. El Gráfico I ilustra algunas de estas asociaciones con una descripción de las características de aquellas comunas en que cada partido recibió el apoyo del cuartel superior (25%). Las comunas con elevada votación comunista eran con mayor probabilidad comunas mineras; el Partido Socialista conquistó más apoyo en esas zonas que el Radical y el Demócrata Cristiano, en ese orden. Una asociación menos definida pero siempre clara, se observa en las características de las clases trabajadoras en las comunas. Aquellas que mostraban una elevada votación comunista y socialista se caracterizaban por una población más numerosa de clase obrera. Las comunas socialistas tenían una población de

¹⁷ Se han realizado varios estudios de diversa calidad sobre las correlaciones socio-económicas de la votación partidista en Chile. A modo de muestra, véase Glauco Ary Dillon Soares y Robert L. Hamblin, "Socio-Economic Variables and Voting for the Radical Left in Chile, 1952", *American Political Science Review* Vol. 61 (diciembre 1967): 1053-65; Maurice Zeitlin y James Petras, "The Working-Class Vote in Chile: Christian Democracy Versus Marxism", en *British Journal of Sociology* Vol. XXI, N° 1 (1970): 16-29; Steven Sinding, "The Evolution of Chilean Voting Patterns: A Re-examination of some Old Assumptions", *The Journal of Politics* Vol. 34 (agosto 1972): 774-96; Robert Ayres, "Electoral Constraints and the Chilean Way to Socialism", en Arturo Valenzuela y J. Samuel Valenzuela, *Chile: Politics and Society* (New Brunswick: Transaction Books, Inc., 1975), pp. 30-66; Arturo Valenzuela, "Political Participation, Agriculture and Literacy: Communal versus Provincial Voting Patterns in Chile", *Latin American Research Review* Vol. 12, N° 1 (1977): 105-114; Daniel Hellinger, "Electoral Change in the Chilean Countryside: The Presidential Elections of 1958 and 1970", *The Western Political Quarterly*, Vol. XXXI, N° 2 (junio 1978): 253-273. El estudio clásico, en la tradición de Siegfried, es siempre Eduardo Cruz Coke, *Geografía electoral de Chile* (Santiago: Editorial del Pacífico S.A., 1952). Véase André Siegfried, *Tableau politique de la France de l'ouest sous la Troisième République* (París: Librairie Armand Colin, 1913).

clase obrera ligeramente más numerosa que aquellas en que primaba la Democracia Cristiana, y las comunas en que radicales y nacionales tenían buena votación mostraban el mismo porcentaje de elementos de clase obrera, aproximadamente. En cambio, en aquellas comunas en que el Partido Comunista tenía la mayor votación, el porcentaje de la población campesina era notablemente menor que en comunas donde los nacionales gozaban de mayor apoyo. Los demás partidos, sin embargo, incluso el Socialista, tenían al parecer buenos resultados en comunas donde el electorado rural era aproximadamente igual. El análisis de regresión múltiple, con datos agregados, confirma estas tendencias, pero también deja en claro que las categorías ocupacionales de clase obrera no explican buena parte de la variancia estadística en la votación partidista de cualquier partido, excepto el Comunista, cuya votación estaba muy relacionada con la incidencia de la población minera. En el Cuadro 7 se resumen algunos de estos resultados.

El análisis basado en encuestas apoya los resultados que arroja el análisis electoral. Tal como se observa en el Cuadro 8, en una muestra de ciudadanos de Santiago, el 31% se identificó como derechista, el 24,5% de izquierdista. Estos porcentajes se aproximan a las cifras respectivas del 30% y 22% en la votación de la elección parlamentaria siguiente, de 1961 (véase el Cuadro 1). La encuesta, que se realizó en 1958, demuestra que los diez años de proscripción del Partido Comunista tuvieron escaso efecto sobre las preferencias electorales. Donde los resultados de la encuesta difieren de los resultados electorales es en la identificación con el centro. En 1961 los partidos de centro recibieron el 44,3% de la votación, en tanto que de los entrevistados en 1958 sólo el 17,8% se identificó como de centro. Es posible que esta cifras reflejen una renuencia, especialmente entre las categorías de clase obrera, a dar una identificación ideológica. El 25% de los encuestados prefirió no responder a la pregunta. Las cifras también respaldan la tesis de Sartori, en el sentido de que en un sistema polarizado el centro es débil, reflejo de las exclusiones de los extremos más bien que tendencia centrista positiva. El centro recibe los votos de los se identifican débilmente o de los votantes que defecionan de los partidos de derecha o izquierda. Esto ocurrió en particular en 1958, cuando la coalición centrista de Ibáñez había casi desaparecido, y los nuevos partidos de centro, principalmente la Democracia Cristiana, no habían surgido aún para reemplazarla.

Con todo, el Cuadro 8 también señala que en Chile la Derecha, y no sólo la Izquierda, recibió un fuerte apoyo de los grupos de clase obrera. Así, pues, mientras el 31,1% de la clase obrera se identificaba con la izquierda, el 29,4% se identificaba con la derecha. En la categoría de clase alta ninguno de los encuestados manifestó preferencia por la izquierda; pero el 18,2% de los

encuestados de clase media alta eligió la izquierda, contra el 33% que eligió la derecha. Las encuestas posteriores, lo mismo que los análisis de datos agregados, confirmaron que esa distribución del respaldo a izquierda y derecha se mantuvo asombrosamente estable hasta la elección de Salvador Allende.¹⁸

La base heterogénea del respaldo se debió en parte a la fuerte adhesión de los electores por razones personalistas y de clientela política. La derecha, por ejemplo, seguía teniendo importante apoyo entre los campesinos y las personas en ocupaciones de servicio, sobre la base de dichos lazos tradicionales. Pero el respaldo heterogéneo también se debió a la vitalidad constante de la otra escisión o división societal de fondo: la religiosa, años después de que se hubo resuelto las relaciones entre Iglesia y Estado. Los electores con fuerte identificación religiosa, independiente de su clase, votaban con mayor probabilidad por los conservadores, y más tarde por los demócratacristianos, que aquellos de orientación más laica. Puesto que las mujeres eran con mayor probabilidad religiosas, las electoras en especial (como ocurrió en muchos países europeos) votaban por la Derecha y la Democracia Cristiana. En cambio, los electores protestantes o aquellos con compromiso religioso débil, en distintos estratos socioeconómicos, exhibían una probabilidad mucho mayor de apoyar a los radicales centristas o a la izquierda.¹⁹

El surgimiento de la Democracia Cristiana, con su posición fuertemente reformista, sin lugar a dudas minó la capacidad de la izquierda para hacer mayores conquistas en los elementos más católicos de la clase obrera. Pero también minó a los partidos de derecha. La grave pérdida de apoyo que sufrieron los históricos partidos Liberal y Conservador, a comienzos de los años 60, los indujo a fusionarse en un partido nuevo: el Partido Nacional, junto con otros pequeños grupos nacionalistas. Con la unión de estos partidos que habían estado separados principalmente por la cuestión religiosa, se dio prioridad a los asuntos de clase, así la Democracia Cristiana consiguió un mayor monopolio de los católicos observantes. Esta tendencia se vio reforzada por cambios internos en la Iglesia, la que en los años 50 se apartó de su identificación estrecha con el

¹⁸ Véase James Prothro y Patricio Chaparro, "Public Opinion and the Movement of the Chilean Government to the Left", en Arturo Valenzuela y J. Samuel Valenzuela (de.), *Chile: Politics and Society* (New Brunswick, N. J., 1976).

¹⁹ Existe alguna investigación sobre la mujer y la dimensión religiosa del voto en Chile. Véanse Patricia Kyle y Michael Francis, "Women at the Polls: the Case of Chile, 1970-71" en *Comparative Political Studies* Vol. 11, N° 3 (octubre 1978); Kenneth P. Langton y Ronald Rapport, "Religion and Leftist Mobilization in Chile", *Comparative Political Studies* Vol. 9, N° 3 (octubre 1976); Lucy C. Behrman "Political Development and Secularization in Two Chilean Urban Communities", *Comparative Politics* Vol. 4, N° 2 (enero 1972); Steven M. Neuse, "Voiting in Chile: The Feminine Response", en John Booth y Mitchell Seligson, *Political Participation in Latin America* (New York, 1978).

Partido Conservador frente a lo que veía como desafío creciente de la izquierda marxista, el que sólo se podía encarar con un partido católico más progresista.

Las escisiones societales de fondo (socioeconómica y laico-religiosa) encontraron expresión política durante varias generaciones y en repetidas elecciones. Estas, que eran algo así como un deporte nacional, contribuyeron a estructurar verdaderas “subculturas políticas” en torno a cada uno de los partidos. En la calle, las tiendas, los lugares de trabajo, en los trenes o en los clubes, sindicatos, organizaciones de acción católica, masonería, e innumerables otros grupos y asociaciones, los chilenos de todas las clases sociales respiraban y vivían la política partidista. Con los años, los partidos estructuraron una multitud de organizaciones, entre ellas los famosos clubes y asambleas Liberal y Radical, e instituciones deportivas afiliadas, las que servían de organizaciones tanto sociales como políticas.

A su vez, las afiliaciones políticas se veían reforzadas por otros grupos societales de referencia. Así, los dirigentes socialistas y radicales de niveles alto y medio solían educarse en liceos y enviar a su hijos a las universidades estatales o a la Universidad de Concepción, mientras que los conservadores y demócratacristianos se educaban, con mayor probabilidad, en colegios religiosos y universidades católicas. Las élites políticas radicales y socialistas prevenían, más frecuentemente, de la clase media y tenían apellidos “chilenos”, en tanto que los dirigentes de la derecha y los demócratacristianos eran, con mayor probabilidad, de familias profesionales y tenían apellidos “extranjeros”, aun cuando los judíos mostraban una mayor tendencia a escalar posiciones de liderazgo en los partidos de izquierda, incluso en el Partido Comunista. De hecho, cuando sectores significativos de la Democracia Cristiana se separaron y viraron hacia la izquierda, formaron nuevos partidos izquierdistas y no se fusionaron con los más antiguos y “laicos”. Aun hoy, los dirigentes de estos pequeños partidos se distinguen claramente en cuanto a sus antecedentes de los dirigentes del partido Socialista o del Comunista.

Este último, en particular, produjo su propia “subcultura”, claramente reforzada por los años de actividad clandestina. Más que los otros partidos chilenos, el Partido Comunista formó un liderazgo de auténtica clase obrera, reclutado entre los sindicatos y algunas organizaciones populares. Las asociaciones secundarias creadas por el partido, junto con los diarios, revistas, canciones folclóricas y expresiones artísticas (que tomaron cuerpo en artistas y poetas como Violeta Parra y Pablo Neruda) ayudaron a consolidar un fuerte sentido de comunidad y de propósito que trascendía la simple procura de votos.

No se debe entender con esto que las consideraciones ideológicas carecieran de importancia. Al contrario, eran sobresalientes y ayudaban a

definir una visión del mundo para militantes y simpatizantes. La ideología, sin embargo, reforzaba importantes diferencias culturales, religiosas y de clase, y era a su vez reforzada por ellas. Estos factores se combinaban para cementar distintas identidades partidistas, las que se transmitieron de generación en generación, reforzadas además por sucesivas contiendas electorales de gran importancia para la vida nacional. Compartían estas identidades con mayor fuerza los militantes, pero ellas se extendían también a la comunidad más amplia de simpatizantes y electores.

Aunque poderosa, la identificación con el partido no era inmutable. A fines de los años 30 fue el ala de juventud del Partido Conservador el que llevó a la creación de la Falange (más tarde Democracia Cristiana), partido que a su vez vio cómo muchos de los jóvenes abandonaban sus filas en los años 60, para crear partidos de izquierda cristiana. Al mismo tiempo, el Partido Socialista se benefició notablemente de la desilusión con el radicalismo que surgió entre los elementos de clase media que procedían de la tradición laica de Chile. Sin embargo, estas defecciones no alteraron los grandes rasgos del panorama político chileno; más bien los reforzaron.²⁰

²⁰ La interacción de las dimensiones culturales e ideológicas, en su relación con las escisiones societales de fondo, en el tiempo, es un campo que necesita investigación. De hecho, tenemos escasos estudios buenos acerca de los partidos chilenos. La mayoría se centra en una cronología de acontecimientos o en modificaciones de las posiciones partidistas, o bien son panfletos semipolíticos e ideológicos escritos por dirigentes de partidos. No hay ningún estudio que enfoque de manera sistemática las variables organizativas y la dimensión decisiva de las relaciones entre dirigentes, mandos medios, militantes y votantes. No se ha hecho ningún estudio sobre la historicidad de las alternativas partidistas en el caso de Chile, como los que han hecho sobre Escandinavia autores como Rokkan o Valen. Entre los estudios corrientes sobre partidos chilenos se cuentan, por la izquierda: Julio César Jobet, *El Partido Socialista de Chile*, 2ª edición, 2 vols. (Santiago: Ediciones Prensa Latinoamericana, 1971); Alejandro Chelén Rojas, *Trayectoria del socialismo* (Buenos Aires: Editorial Austral, 1967); Hernán Ramírez Necochea, *Origen y formación del Partido Comunista de Chile* (Santiago: Editorial Austral, 1965); Erns Halperin, *Nationalism and Communism in Chile* (Cambridge: MIT Press, 1965); Paul Drake, *Socialism and Populism in Chile* (Urbana, Ill.: University of Illinois Press, 1978); Tomás Moulian, *Democracia y socialismo en Chile* (Santiago: Flacso, 1983). Acerca de partidos de derecha, véanse Ignacio Arteaga Alemparte, *Partido Conservador XVI Convención Nacional - 1947* (Santiago: Imprenta Chile, 1947); Marcial Sanfuentes Carrión, *El Partido Conservador* (Santiago: Editorial Universitaria, 1957); José Miguel Prado Valdés, *Reseña histórica del Partido Liberal* (Santiago: Imprenta Andina, 1963). No hay ningún buen estudio del Partido Nacional. Un estudio muy perspicaz de la derecha chilena es Robert Kaufman, *The Politics of Land Reform in Chile, 1950-1970* (Cambridge; Harvard University Press, 1972). Acerca del Partido Radical, véanse Luis Palma Zúñiga, *Historia del Partido Radical* (Santiago: Editorial Andrés Bello, 1967); Florencio durán Bernaldes, *El Partido Radical* (Santiago: Editorial Nacimiento, 1958). Acerca del Partido Demócrata Cristiano, véanse Leonard Gross, *The Last Best Hope: Eduardo Frei and Chilean Christian Democracy* (New York: Random House, 1967); George Grayson, *El Partido Demócrata Cristiano chileno* (Buenos Aires: Editorial Francisco de Aguirre, 1968); Jaime Castillo Velasco, *Las fuentes de la Democracia Cristiana* (Santiago: Editorial del Pacífico, 1968). No existe ningún buen estudio del fenómeno Ibáñez ni del agrario laborismo.

La existencia continuada de estas subculturas, llámense radical, socialista, comunista, izquierda o derecha cristiana, es la que ayuda a explicar buena parte de la subyacente estabilidad del comportamiento electoral chileno. El análisis de la intercorrelación de la votación partidista durante varias elecciones en los años 60, señala que aun en período de realineamiento electoral significativo, se mantuvo la estabilidad subyacente del patrón electoral. Como se observa en el Cuadro 9, el Partido Comunista y el Conservador tuvieron el grado más alto de estabilidad interpartidista, con coeficientes de correlación muy elevados entre la elección municipal de la época de Alessandri y la elección parlamentaria del período de Allende, dos épocas diametralmente distintas de la historia de Chile, separadas por años de cambios importantes. El Partido Socialista ocupó el lugar siguiente, con coeficientes de correlación algo inferiores, y los dos partidos de centro, uno en declinación y el otro en notorio aumento en este período, mostraron el nivel menor de estabilidad interpartidista.

El Sistema de Partidos y el Proceso Político²¹

No se puede entender un sistema de partidos con referencia solamente a partidos determinados, su número, su distancia ideológica y sus bases de apoyo. Todo sistema de partidos da forma al contexto institucional en el cual funciona y recibe la influencia de éste: las reglas y los procedimientos formales junto con las prácticas políticas informales que caracterizan a todos los sistemas políticos. Podemos distinguir, entonces, entre dos niveles distintos: el sistema de partidos en el electorado y el sistema de partidos en la toma de decisiones.

Giovanni Sartori, basado en sus estudios de la política italiana, ha procurado aclarar el juego de ambos niveles en los sistemas multipartidistas polarizados.²² Sostiene que en un entorno altamente polarizado, donde hay una Derecha y una Izquierda claramente definidas que dominan porcentajes considerables del electorado, el impulso principal del sistema político será centrífugo. Esto quiere decir que un sistema polarizado tiende a moverse hacia los extremos, hacia mayores divisiones de la sociedad. Al contrario de los sistemas políticos que han evitado que surjan tendencias partidistas

²¹ Los párrafos que siguen, en versión ligeramente corregida, pertenecen a Arturo Valenzuela, *The Breakdown of Democratic Régimes: Chile* (Baltimore: 1978), pp. 6-7.

²²Véase Sartori, "European Political Parties: The Case of Polarized Pluralism", en Lapalombara y Weiner (de.), *Political Parties and Political Development*.

abiertamente opuestas, el sistema de partidos polarizado no tiene un impulso centrípeto fuerte, no hay un consenso centrista dominante. Cosa curiosa, los sistemas polarizados sí tienen polos de centro ocupados por un partido o varios partidos. No obstante, Sartori señala que en tales condiciones el centro no representa una tendencia política significativa por derecho propio, sino que tiende a verse compuesto de fragmentos que emanan de los polos de Izquierda y Derecha. Observa Sartori que el “centro es principalmente la retroalimentación de los impulsos centrífugos que predominan en el sistema” y que “es más bien una convergencia negativa, una suma de exclusiones, que un agente positivo de instigación”.²³

El análisis de Sartori es utilísimo para comprender el caso de Chile, porque explica el repetido surgimiento de movimientos centristas en la política chilena, a expensas tanto de la derecha como de la izquierda. Puesto que dichos movimientos centristas representaban sólo a nivel mínimo una tendencia centrista viable y de hecho eran principalmente reflejos de la erosión de los dos polos extremos, se han derrumbado, sólo para dejar el paso a nuevas coaliciones de centro. La inestabilidad de los movimientos de centro agravó a su vez las dificultades para estructurar un orden público común, por la consecuente fragilidad del consenso centrista a nivel de toma de decisiones. La erosión del consenso centrista se aceleró en forma notable durante el período de Allende y contribuyó a la crisis que culminó en el fracaso del régimen.

Pero como el efecto que tienen las características de un sistema de partidos determinado depende de la índole de la estructura institucional, es indispensable destacar que el sistema de partidos polarizado tuvo un efecto distinto en el régimen presidencial de Chile, al que tuvo en el régimen parlamentario italiano estudiado por Sartori. Pese a la competitividad, la polarización y la inestabilidad de las opciones de centro, en Chile el gobierno no corría peligro de “caer” si no ganaba el apoyo mayoritario del Congreso o si perdía el que ya tenía.

Del mismo modo, las coaliciones que en Italia se formaban en el Congreso después de una elección parlamentaria, en Chile tenían que estructurarse antes de una elección presidencial. Ningún partido o tendencia era capaz de ganar la presidencia por sí solo. Se eligió el candidato de centro, con apoyo de la izquierda, en las elecciones presidenciales de 1938, 1942 y 1946; con apoyo de la derecha, en 1964; y con apoyo de ambos bandos, en 1932 y 1952. Sólo en dos ocasiones en ese período, ganó la

²³ Sartori en Lapalombara y Weiner, pp. 156, 164.

presidencia un candidato que representaba a la derecha o a la izquierda: en 1958, cuando se eligió al independiente Jorge Alessandri con apoyo de la derecha; y en 1970, cuando se eligió al socialista Salvador Allende. En ambos casos, los polos rechazaron la solución de compromiso y los partidos de centro creyeron erróneamente que podrían ganar solos. Como se verá más adelante, la selección de un candidato fuertemente influenciado por las tendencias maximalistas de su opción polar habría de tener consecuencias serias para la estabilidad institucional.

Como las coaliciones pre-electorales se formaban principalmente por razones electorales, en un ambiente de gran incertidumbre política, a los pocos meses del nuevo gobierno tendían a desintegrarse. A menudo había conflictos ideológicos en el origen de los cambios en las coaliciones, pues los partidarios de una fórmula resistían las proposiciones de otros partidarios. Pero también había consideraciones netamente políticas de igual importancia. El presidente no podía ser reelegido y los dirigentes de otros partidos de su coalición pronto caían en la cuenta de que la mejor forma de aumentar su participación en las elecciones municipales y parlamentarias posteriores era desplegándose de las dificultades que encerraba el gobierno en una sociedad afligida por problemas económicos. Las elecciones se caracterizaban por una política de mejor oferta, puesto que la suerte de los gobiernos no pendía de una votación perdida. Los partidos se esmeraban en criticar a los funcionarios en ejercicio y aprovechaban todo aumento inflacionario, todo incidente de represión policial, toda acusación de prácticas partidistas o de corrupción, en un esfuerzo por asegurarse un mejor resultado en las urnas. La retórica de la prensa controlada por los partidos y de los oradores diestros de las cúpulas partidistas, solía alcanzar proporciones desmesuradas. En semejante ambiente los partidos de centro, con corrientes ideológicas o posiciones pragmáticas distintas, que pasaban del apoyo a la oposición y e vuelta al apoyo del presidente en ejercicio, enfrentaban un costo político.

La erosión de las coaliciones pre-electorales conducía inevitablemente a nuevas alianzas temporales con partidos o grupos dispuestos a proporcionar al Poder Ejecutivo respaldo parlamentario y político general, a cambio de concesiones presidenciales. El presidente se veía obligado a buscarlas, porque no podía disolver el Congreso en caso de impasse. En términos concretos, esto significaba ajustar el gabinete presidencial de acuerdo con las nuevas alianzas operativas no sólo en la Cámara de Diputados sino también en el Senado, que retenía poderes considerables. Aun cuando Chile no tenía oficialmente un primer ministro, al estilo de la Quinta República francesa, el Ministro del Interior, como jefe del gabinete, debía reflejar las

realidades de los alineamientos políticos, vitales no sólo para el programa del presidente sino para la administración ininterrumpida del país.²⁴

Con la Constitución de 1925, los ministros ya no eran responsables ante las mayorías transitorias de cualquiera de las cámaras. No obstante, el Congreso conservaba el derecho a acusar constitucionalmente a los ministros, y los presidentes contemporáneos, en su mayoría, debieron hacer frente repetidas veces, con éxito o sin él, a acusaciones constitucionales dirigidas a mantener la honradez de la coalición presidencial y contenta a la oposición parlamentaria. Con esto se garantizaba que las carteras ministeriales fueran para individuos con lazos partidistas impecables.

Más aún, los partidos aseguraban doblemente su influencia con la exigencia de que los candidatos que se proponían para puestos en el gabinete recibieran el pase o permiso oficial del partido para ocuparlos. Los presidentes no podían simplemente nombrar militantes de diversas organizaciones partidistas, tenían que negociar activamente con los comités centrales para obtener su consentimiento. En momentos críticos, con el fin de resolver estancamientos políticos, el presidente a menudo buscaba tecnócratas no políticos, o militares, para llenar cargos ministeriales, costumbre a la que Salvador Allende recurrió con resultados ominosos.

En el Cuadro 10 se resumen las estadísticas de coalición de los cinco últimos gobiernos constitucionales de Chile. En la mayoría de ellos, los acuerdos de coalición se desarmaron a mitad del período presidencial, lo que exigió nuevos arreglos de coalición. Como se ve en el Cuadro, sólo en el período de 1961-1963 el presidente tuvo una coalición de mayoría, es decir, que para implantar medidas claves siempre tuvo que contar con apoyo adicional. Los gabinetes, a su vez, eran sumamente inestables. Un estudio de la rotación ministerial en todos los períodos presidenciales, desde 1932 a 1973, que figura en el Cuadro 11, señala que salvo el gobierno de Alessandri, que gozó de mayoría parlamentaria, y el de Frei, que intentó gobernar sin coalición debido a su mayoría en la Cámara de Diputados, los gabinetes duraron en promedio menos de un año y los ministros por separado estuvieron en el cargo sólo unos cuantos meses.

Efectivamente, por la competitividad y la polarización del sistema de partidos, el intento de devolver a Chile al sistema presidencial de gobierno, mediante la Constitución de 1925, fracasó. El sistema chileno era semipresidencial, sin las garantías oficiales que ofrecen las reglas y procedimientos

²⁴ Se analiza este punto en Arturo Valenzuela, "Politics, Parties and the State in Chile: The Role of the Higher Civil Service".

parlamentarios que tienden a basar la autoridad ejecutiva en el apoyo mayoritario. Los presidentes, para mantenerse en el cargo estaban continuamente obligados a procurar coaliciones operativas y se veían constantemente frustrados por la imagen de inestabilidad y crisis permanente que este procedimiento de negociación daba a la política chilena.²⁵ No es por casualidad que los últimos presidentes chilenos, en su mayoría, alabaron en algún momento el ejemplo del Presidente Balmaceda, quien se suicidó en 1891, antes que ceder a las exigencias de los partidos parlamentarios.

Y con todo, esta descripción del sistema de partidos, competitivo y polarizado, de la política de Chile entrega sólo una parte del cuadro completo. Si bien el quiebre de los acuerdos de partidos, la acusación de ministros y el fuerte desacuerdo en torno a cuestiones importantes de política dominaban los titulares, la gran mayoría de las transacciones políticas chilenas se caracterizaba por el compromiso, el toma y daca, y un profundo respeto por las instituciones y procedimientos de la democracia constitucional. Es más, la democracia chilena no habría durado lo que duró, de no ser porque el sistema político era capaz de estructurar arreglos operativos que respondían a las exigencias que le hacían las fuerzas políticas, en alto grado movilizadas y competitivas.

Así, con los años se fueron estructurando acuerdos que permitieron la ejecución de políticas tan visionarias como fueron el desarrollo industrial patrocinado por el Estado, los sistemas nacionales de educación, salud y previsión, un sistema universitario que tiene escasos paralelos en este continente, y una completa estructura de negociación colectiva, mecanismos de control de precios y reajuste de salarios, reforma agraria y nacionalización del cobre. Todas estas medidas fueron el resultado, no sólo de la iniciativa del Ejecutivo, sino de la labor de innumerables grupos de trabajo que cruzaban el espectro partidista. Algunos eran ad hoc e informales; muchos otros eran exigidos por ley, entre ellos los consejos de las empresas estatales y las importantísimas comisiones del Senado y de la Cámara, en las que se preparaban leyes fundamentales.

Pero las relaciones de trabajo también se centraban en asuntos más corrientes, aunque no menos importantes. Los dirigentes partidistas y los

²⁵ El punto muerto de la política chilena se repetiría, probablemente, en Francia, que es el otro sistema de partidos polarizados con gobierno presidencial, si un presidente de aquel país perdiese el apoyo mayoritario del Congreso. No obstante, como lo señala Aron, habría un paso más claro al modelo "parlamentario" debido a la disposición constitucional de que haya un primer ministro responsable ante la Asamblea Nacional. Véase Raymond Aron, "Alternation in Government in the Industrialized Countries", *Government and Opposition* Vol. 17, N° 1 (Invierno 1982).

parlamentarios de determinadas regiones o provincias a menudo se unían, independientemente de la afiliación partidista, en favor de iniciativas que beneficiaban a los electores, ya fuera un camino nuevo, una represa o una ley especial que destinara fondos para proyectos de desarrollo o declarara un feriado especial en honor de un hijo ilustre. De hecho, todos los dirigentes partidistas, elegidos o no, pasaban la mayor parte del tiempo procurando responder a las peticiones de grupos y personas en pos de cosas tales como pensiones para viudas, trabajo para maestros de escuela, beneficios previsionales para un gremio, reajustes salariales para sindicatos, etc... Gran Parte de esta labor significaba servir de intermediarios ante reparticiones gubernamentales demasiado sobrecargadas para responder eficazmente al público de acuerdo con criterios universalistas.

La política partidista chilena se caracterizó, pues, no sólo por los fuertes desacuerdos en ideología y programa, sino por la estructuración de compromisos y cooperación con el fin de alcanzar objetivos políticos conjuntos y responder a las peticiones de los electores, organizados o no. Este modelo de concesiones políticas mutuas se puede atribuir a tres factores que se refuerzan recíprocamente: los imperativos de la política electoral, la existencia de un centro pragmático y la viabilidad de las tribunas institucionales representativas para la toma de decisiones. En Chile el sistema de partidos se caracterizó por la existencia de partidos relativamente cohesionados y en alto grado ideológicos. Cabe recordar, sin embargo, que su función principal consistía en participar en las ubicuas elecciones del país. Ellas, municipales, parlamentarias, presidenciales, todas celebradas en años distintos, obligaban a los partidos a dedicar la mayor parte de sus energías a la selección de candidatos y a las campañas electorales. El éxito en las urnas, en un país donde había habido elecciones durante varias generaciones, era una meta tan valiosa como la pureza ideológica. Esto era así no sólo porque todos los partidos procuraban conseguir la elección de sus representantes, sino también porque las elecciones ayudaban a definir el valor de un partido en la formación de coaliciones.

Las elecciones también servían para determinar la correlación interna de fuerzas dentro de los partidos. Los representantes elegidos pesaban mucho, invariablemente, en los círculos del partido, y la capacidad de una facción cualquiera para obtener el mayor número de funcionarios reforzaba su posición en las asambleas y congresos del partido.

La versión modificada del sistema representativo de D'Hondt, vigente en Chile, sólo aumentaba la importancia de las elecciones en la competencia interna de los partidos y para las negociaciones entre éstos. La ausencia de votación acumulativa significaba que si bien cada partido presentaba

una lista con tantos candidatos cuantos asientos se disputaban, los electores podían votar sólo por uno de ellos. La votación total de todos los candidatos de cada lista servía para saber cuántos escaños podía llenar un partido determinado. Esto significaba, en último término, que los candidatos competían no sólo contra los de las listas opositoras sino contra sus propios correligionarios. Antes de las reformas electorales de 1958, el lugar en la lista, decidido antes de la elección por los dirigentes del partido, determinaba cuáles candidatos salían elegidos, lo que quería decir que el candidato que quedaba más abajo en la lista podía quedar sin asiento aunque tuviera gran cantidad de votos; pero su éxito hacía que en contiendas posteriores los dirigentes del partido les dieran mayor importancia a él y a su facción. Después de la reforma de 1958, resultaban elegidos los candidatos con mayor cantidad de votos y su número quedaba determinado por la fuerza de la lista, con lo que el acto electoral se convertía a la vez en elección interna del partido y elección general.²⁶

Pero la negociación se efectuaba no sólo dentro de los partidos sino entre ellos. Antes de 1958 no era infrecuente ver listas conjuntas, compuestas de partidos muy dispares, pues éstos pugnaban por maximizar su éxito electoral en distintas zonas. Después de 1958 quedaron proscritas las listas conjuntas y los partidos entraron en pactos regionales, incluso nacionales, para darse apoyo mutuo en zonas de igual fuerza, absteniéndose de presentar listas competidoras. Si bien en la mayoría de los casos los pactos se estructuraban con partidos que quedaban próximos en distancia ideológica, no era raro hallar pactos que abarcaban toda la amplitud del espectro. Y a menudo los electores encontraban que los votos que emitían por un candidato determinado podían conducir a la elección de otro, de un partido o tendencia ideológica enteramente distintos, según un modelo muy parecido al que se siguió en el Uruguay con el sistema de votación doble simultánea.

La importancia del proceso electoral significaba, inevitablemente, que los partidos debían prestar atención principal a los criterios particularistas y clientelistas, a medida que iban más allá de los fieles para alcanzar a los simpatizantes del partido y a los votantes potenciales. El sistema de varios representantes por distrito y la gran cantidad de partidos significaba

²⁶ Véanse Mario Bernaschina G., *Cartilla electoral* (Santiago, 1958) y Alejandro Silva Bascuñán, *Tratado de Derecho Constitucional* Vol. 1 (Santiago, 1963). Acerca de la ley electoral de 1962 y las modificaciones de 1965 y 1968, véase Antonio Vodanovic, de., *Ley general de elecciones* (Santiago: Editorial Nascimento, 1969). Las reformas de 1970 se analizan en Guillermo Piedrabuena Richard, *La reforma constitucional* (Santiago: Ediciones Encina, 1970).

que los electores debían escoger entre un elevado número de candidatos; pero también significaba que se podía elegir candidatos a parlamentarios con una cantidad de votos relativamente baja. Por ejemplo, en la elección parlamentaria de 1969 el promedio de votos por candidato fue de 4.200, o 3.700 sin contar la zona de Santiago. Esto sólo reforzaba la importancia del llamado personal directo. En las comunidades más grandes los candidatos a escaños parlamentarios empleaban dirigentes de nivel más bajo, tales como regidores municipales, para consolidar su propia fuerza electoral. Los dirigentes locales, a su vez, esperaban que se les diera ayuda para entregar beneficios concretos a sus propios simpatizantes, beneficios que sólo se podían obtener manteniendo buenos contactos en la capital, en muchos casos cruzando las líneas partidistas. La centralización de las estructuras gubernamentales y de la toma de decisiones, lo mismo que la escasez de recursos en la economía inflacionaria del país, sólo reforzaba la importancia de estas funciones de corretaje.

Con todo, tales funciones hubieran carecido de sentido si los representantes electos no hubieran tenido acceso a recursos. El segundo factor que acentuó la dimensión pragmática de la política partidista chilena fue la existencia de instituciones representativas viables con funciones significativas en la elaboración de políticas. La primera de ellas era el Congreso. El congreso era el foro de compromisos en torno a leyes importantes, además de tribuna clave para dar curso a asuntos tan serios como las leyes de presupuestos y de reajustes salariales, esta última tal vez la medida de orden público más decisiva en una economía inflacionaria. Las facultades legislativas, presupuestarias e investigadoras daban la fuerza para los acuerdos entre partidos, y la influencia para que los parlamentarios hicieran uso de su posición para atender a los deberes relativos a su electores, fundamentales para la reelección. El Congreso chileno era la arena principal para expresar posiciones y desacuerdos importantes en materia política; era también el lugar fundamental para conformar, con objetivos divergentes, políticas comunes.

Este procedimiento de agregación, la estructuración de amplias coaliciones, además de las alianzas respecto de medidas determinadas, se hacía posible, a su vez, gracias a un tercer rasgo de la política chilena que ya se mencionó. Se trata de la existencia de partidos de centro flexibles, capaces de aliarse con partidos de izquierda respecto de ciertos asuntos, con partidos de derecha respecto de otros. En la política chilena no había gigantes, ningún partido ni tendencia que tuviera mayoría decisiva. Aun así, el compromiso y el acomodamiento no hubieran sido posibles sin la flexibilidad que ofrecían los partidos de centro, en particular el Radical, que heredó el

papel de los liberales del siglo XIX como palanca de la política de coalición, ya fuera desde la situación ventajosa del Poder Ejecutivo o bien desde su posición de partido importante en el Legislativo. El hecho de que los presidentes, en su mayoría, pertenecieran a partidos centristas o procuraran proyectar una imagen suprapartidista (como Jorge Alessandri o Carlos Ibáñez) sólo contribuía a contrarrestar las tendencias centrífugas del sistema de partidos y reforzar los mecanismos de puente de la política chilena.

La literatura relativa a los partidos políticos ha distinguido entre partidos de base de masas, orientados principalmente hacia las metas de política y los asuntos de peso, y más preocupados de la pureza ideológica y la movilización de militantes que de triunfar en las urnas; y partidos de base heterogénea, con escasa coherencia ideológica, cuyo único fin es el de estructurar acuerdos para ganar elecciones y asignar a sus seguidores recompensas tangibles.²⁷

En Chile, la autodefinición ideológica ha sido la característica más sobresaliente del sistema de partidos. No obstante, sería un error sostener que las orientaciones electorales y los criterios de clientela política han faltado. Si bien algunos partidos tomaban el elemento ideológico más en serio que otros, la doctrina partidista era importante en todas las organizaciones políticas. y Hasta el Partido Comunista chileno definió como su objetivo principal la conquista de cargos públicos importantes por medio del proceso electoral. Durante varias generaciones, la política partidista chilena sobrevivió como mezcla compleja, a menudo contradictoria, de ambas dimensiones.

III Deterioro del Régimen. Papel y Destino del Sistema de Partidos

¿Fue el quiebre de la democracia chilena, en 1973, consecuencia de las características estructurales del sistema de partidos de Chile? Buena parte del debate contemporáneo que tiene lugar entre los sectores partida-

²⁷ Wright distingue entre el modelo “racional eficiente” y el “modelo de democracia partidista”, el primero orientado a ganar elecciones, el segundo, a alcanzar la pureza ideológica. Véase William E. Wright, “Comparative Party Models: Rational Efficient and Party Democracy”, en William E. Wright (de.) *Comparative Study of Party Organization* (Columbus, Ohio: 1971). Acerca de las distinciones ya clásicas en tal sentido, véanse las de Duverger, *Les parties politiques* y Otto Kirchheimer, “The Transformation of the Western European Party System”, en Lapalombara y Weiner. Un estudio excelente, que destaca las metas dobles de éxito electoral y objetivos ideológicos, es Samuel Barnes, *Party Democracy: Politics in an Italian Socialist Federation* (New Haven, Ct.: Yale University Press, 1963).

rios del régimen militar y en esferas oficiales, acerca del futuro del sistema de partidos, se basa en una respuesta afirmativa a esa pregunta. Porque se supone que el quiebre tuvo una relación directa con la fisonomía del sistema de partidos, las autoridades han concluido que sólo con un cambio drástico en el sistema de partidos competitivos y polarizados se asegurará un porvenir democrático estable y se evitará otro colapso del régimen. Como lo han manifestado las autoridades, dicho cambio que se espera poner en marcha mediante nuevas reglas electorales y partidistas, apuntaría a crear un sistema de dos partidos, o cuando más tres, orientados al electorado y sin contrastes ideológicos fuertes; un sistema de partidos que sería el polo opuesto del sistema de partidos histórico de Chile.²⁸

La dificultad que presenta este razonamiento es que su premisa fundamental es en alto grado discutible. Las pruebas comparativas, y no sólo las pruebas del caso chileno, dan a entender que hay escasa relación **directa**, o no la hay, entre la naturaleza del sistema de partidos **per se** y la incidencia de deterioro del régimen. Y, aparte de que se pueda establecer dicha relación, es igualmente discutible que con cambios en las leyes electorales y de partidos se pueda obtener un sistema de partidos distinto. En esta parte analizaremos brevemente las pruebas comparativas generales, y veremos en seguida el papel que tuvieron los partidos y el sistema de partidos en el quiebre chileno. El trabajo terminará con un estudio de la suerte del sistema de partidos bajo la Junta y sus perspectivas futuras.

a Las Pruebas Comparativas

La opinión de que los sistemas multipartidistas son menos estables o eficaces que los bipartidistas ha sido blanco de ataques por parte de diversos autores. En particular, los estudios comparativos de los regímenes europeos, con inclusión de democracias más pequeñas, en especial los países escandinavos y del Benelux, han demostrado que los sistemas multipartidistas

²⁸ Esta posición ha figurado en numerosas ocasiones en declaraciones públicas de Jarpa. Hay artículos académicos que se refieren al mismo tema, en Hernán Larraín, "Democracia, partidos políticos y transición: el caso chileno", *Estudios Públicos* N° 15 (Invierno 1984), especialmente pp. 111-115; y Juan Irrarrázaval, "Democracia, partidos políticos y transición", *Estudios Públicos* N° 15 (Invierno 1984), p. 51. Irrarrázaval, al contrario de Larraín, no sugiere medidas de política dirigidas a transformar el sistema de partidos. Estudios valiosos que tratan las bases jurídicas de la legislación sobre partidos son Francisco Cumplido, "El estatuto jurídico de los partidos" y Enrique Barros, "Aspectos jurídicos del estatuto de partidos", ambos publicados en *Estudios Públicos* N° 14 (Otoño 1984).

acompañan a democracias estables.²⁹ Es más, entre las democracias estables los sistemas multipartidistas son la norma y los sistemas de dos partidos son una clara excepción.

Como sostiene Sartori, la cuestión fundamental se centra no tanto en la cantidad de partidos sino en el grado de polarización dentro del sistema de partidos, esto es, la presencia de grandes partidos antisistema o extremistas que conquistan buen apoyo electoral. Los sistemas de partidos polarizados enfrentan situaciones graves, como en los casos dramáticos de la República de Weimar, la República española, la Cuarta República francesa y Chile.³⁰

Si bien es cierto que en algunos estudios empíricos se señala que los sistemas de partidos con “partidos extremistas” tienen mayor probabilidad de experimentar una duración reducida de los gabinetes y una mayor inestabilidad del Ejecutivo, no se desprende que los sistemas multipartidistas polarizados sean más propensos al deterioro del régimen.³¹ O bien, para decirlo de otro modo, simplemente no es efectivo que los países que tienen partidos no ideológicos y de base heterogénea tengan mayor probabilidad de ser democracias estables y evitar el quiebre del régimen. G. Bingham Powell, luego de estudiar la estabilidad de una amplia gama de regímenes, subraya este punto al observar que “una vez que se controla el nivel de desarrollo económico, el tipo de sistema de partidos no muestra ninguna relación con la duración o derrocamiento del régimen”. Si hay algo de eso, agrega, resulta más probable que ocurra deterioro del régimen en “sistemas

²⁹ Véase Arend Lijphart, *Democracies: Patterns of Majoritarian and Consensus Government in Twenty-One Countries* (New Haven, Ct.: Yale University Press, 1984), p. 111. Véase también Lawrence C. Dodd, *Coalitions in Parliamentary Governments* (Princeton University Press, 1976).

³⁰ Cabe señalar que aun cuando Sartori no dice expresamente que los sistemas de partidos polarizados tienen mayor probabilidad de derrumbarse, lo insinúa; pero no demuestra esta proposición ni con análisis comparativo con casos no polarizados ni con la muestra de casos polarizados. No queda claro por qué Italia o Finlandia no ha sufrido esta suerte. En tono más serio, Sartori no da otros casos de sistemas políticos de índole no polarizada que se hayan deteriorado constantemente. Si se ha de incluir el caso de Chile, entonces no se pueden excluir otros casos latinoamericanos que quedaron fuera porque tenían una mayor incidencia de deterioro.

Véase Sartori, *Parties and Party Systems*.

³¹ Para el argumento de que los sistemas multipartidistas pueden tener mayores niveles de inestabilidad de gabinete o de gobierno, véanse Dodd, *Coalitions*; G. Bingham Powell, “Party Systems and Political System Performance”, *American Political Science Review* Vol. 75 (1981), pp. 861-879; Michael Taylor y Valentine M. Herman, “Party Systems and Government Stability”, *American Political Science Review* Vol. 65 (1981), 28-37. Lijphart, *Democracies* también se refiere a este punto, véase p. 110. Es indispensable destacar, sin embargo, la diferencia entre inestabilidad de gobierno e inestabilidad de régimen.

de partidos no extremistas” del tipo de “mayoría agregativa” (como los que hay en los Estados Unidos, Canadá, las Filipinas y Turquía) que en sistemas “de partidos extremistas” con fuertes partidos antisistema (como en Japón, Dinamarca, Finlandia, Italia y Chile).³²

De hecho, los sistemas de partidos no ideológicos de base heterogénea son la norma en América Latina. Y sin embargo, como se dijo en la introducción, sólo uno o dos países del continente han tenido una historia tan pareja de gobierno democrático como la tuvo Chile. Los países multipartidistas, como el Ecuador, Perú y Brasil, se han caracterizado por sus partidos difusos, clientelistas, pero su historia de continuidad democrática ha sido abiertamente mixta. Y los sistemas de dos partidos o de un partido dominante, con orientaciones ideológicas de centro, tampoco han corrido mejor suerte. El caso de Colombia ilustra la medida en que la competencia partidista puede conducir a una violencia y un deterioro extraordinarios, aun en ausencia de un sistema multipartidista polarizado, definido en términos ideológicos. En la Argentina un sistema de partido único dominante no fue capaz de estructurar un consenso gobernante sino que condujo a un pretorianismo extremo.³³

En América Latina el mejor caso comparativo para destacar la idea de que la índole del sistema de partidos tiene relación directa con el deterioro democrático es el del Uruguay. Como Chile, el Uruguay estableció uno de los regímenes democráticos de mayor duración en el Tercer Mundo; a la inversa de Chile, sus sistema de partidos se componía de dos partidos clientelistas de estructura floja, con objetivos de política moderados, en principio capaces de estructurar un consenso gobernante. Y sin embargo, la democracia uruguaya se derrumbó en 1973, el mismo año del pronunciamiento militar chileno.

Es notable que en el Uruguay los observadores y dirigentes políticos también han procurado atribuir el deterioro político de ese país a su sistema de partidos, pero, a la inversa de sus contrapartes en Chile, critican precisamente aquellos rasgos del sistema uruguayo que los chilenos preconizan para su propio país. Así, pues, se critica a los partidos uruguayos por meter en un molde bipartidista una gama de distintos puntos de vista ideológicos que se expresarían mejor en un sistema multipartidista. Además, se estima que los partidos urugua-

³² Powell, “Party Systems”, p. 868.

³³ Acerca de partidos en diversos países latinoamericanos, véase McDonald. Sobre la Argentina, véase el trabajo de Marcelo Cavarozzi, “Los partidos argentinos: subculturas fuertes, sistema débil”, preparado para el taller sobre “Political Parties and Redemocratization in the Southern Cone”, Woodrow Wilson International Center for Scholars, noviembre 16-17, 1984.

yos son demasiado clientelistas y difusos, están excesivamente preocupados de los objetivos electorales y dispuestos a transar a costa de los principios.³⁴

Si el quiebre del régimen en Chile y en el Uruguay se debió a características del sistema de partidos, y cada uno de estos sistemas era diametralmente opuesto al otro, ¿cuánto crédito puede darse a una explicación que se basa en las características del sistema de partidos **per se** para dar cuenta de la crisis del régimen? Las pruebas comparativas dan a entender con fuerza que se trata de un caso de la falacia lógica de **non causa pro causa**, de tomar por causa efectiva de un hecho aquello que no es la causa. Incluso se acerca peligrosamente a caer en una variante de esta falacia, la de **post hoc propter hoc**, en la que se expone que como determinado fenómeno (la índole del sistema de partidos) precedió a un fenómeno posterior (el quiebre del régimen), el primero fue forzosamente causa del segundo.

Es importantísimo destacar, sin embargo, que si bien la estructura particular de un sistema de partidos no es en sí misma causa del quiebre del régimen, no se debe entender con ello que las variables del sistema de partidos no desempeñen un papel, incluso protagónico, en las crisis de los regímenes democráticos. Tanto en el Uruguay como en Chile, a las cúpulas partidistas les cabe una fuerte responsabilidad en el resultado final, y los partidos con frecuencia procuraron acomodar los estrechos intereses de grupo a los más amplios intereses del régimen. Y en ambos casos ciertos rasgos del sistema de partidos, como la clientela política o la polarización, pusieron obstáculos importantes que limitaron el espacio de maniobra. No obstante, en ambos casos el resultado final no era inevitable: había espacio para decisiones salvadoras del régimen. La estructura del sistema de partidos no condujo inevitablemente al quiebre del régimen. Las variables del sistema de partidos, afectadas de distintas maneras en distintos sistemas de partidos, fueron condiciones contribuyentes, tal vez incluso necesarias del directorio del régimen, pero no fueron condiciones suficientes.

b Los Partidos y el Quiebre Chileno

Como se dijo más arriba, en la descripción de las características sobresalientes del sistema de partidos chileno, un sistema de partidos es más

³⁴ Véase el trabajo preparado por Luis González, "Political Parties and Redemocratization in Uruguay", para el taller sobre "Political Parties in the Southern Cone", Woodrow Wilson International Center for Scholars, noviembre 16-17, 1984. Véase también el trabajo mimeografiado de Juan Rial, "Los partidos tradicionales del Uruguay ante la transición democrática".

que la suma de los partidos separados, su grado de coherencia, distancia ideológica y movilización de adherentes en las contiendas electorales. También encierra el complejo juego entre partidos en el sistema político más amplio, juego que está tan condicionado por reglas y estructuras oficiales como lo está por prácticas y acuerdos no oficiales. En Chile, no se puede entender un sistema multipartidista polarizado sin referirse al sistema de negociación y acomodamiento que tuvo lugar en instancias que iban desde las elecciones locales hasta el Poder Legislativo nacional, dentro de un sistema presidencial.

Varios acontecimientos condujeron a la erosión progresiva del sistema chileno de acomodamiento que, dadas las peculiaridades del sistema institucional y no sólo del de partidos del país, contribuyó a aumentar la fragilidad del régimen.³⁵ Entre estos acontecimientos se cuentan las reformas promulgadas con el fin de instituir mayor eficiencia y racionalidad en la política y la toma de decisiones. Así, en 1958, una coalición de centro e izquierda aprobó una serie de reformas electorales, entre ellas la abolición de las listas conjuntas. Esta reforma puso fin al sistema de pactos políticos, largo tiempo establecido, que permitía que partidos de visiones ideológicas opuestas estructuraran acuerdos de beneficio electoral mutuo. Si bien se consiguió que los acuerdos pre-electorales fueran menos “políticos” se eliminó una importante instancia de negociación entre partidos.

Más importantes fueron las reformas dirigidas a frenar algunas de las facultades del Congreso, disfrazadas de refuerzo a la autoridad del Ejecutivo para hacer frente a las dificultades económicas crónicas de Chile. Entre las más importantes se contaban las que se referían al control ejecutivo del proceso presupuestario, con la creación de una Dirección del Presupuesto, en 1959, y la restricción de las prerrogativas parlamentarias en la asignación de recursos fiscales. Más aún, durante el gobierno de la Democracia Cristiana (1964-1970), el Congreso se vio privado de asignar fondos para proyectos particulares, fuente tradicional de protección e instancia importante de intercambio de favores.

El golpe más serio a la autoridad parlamentaria vino con las reformas constitucionales patrocinadas por una coalición demócratacristiana y derechista, que en 1970 recortaron fuertemente las prerrogativas del Legislativo. Entre estas disposiciones, las reformas prohibían las enmiendas que no se referían a una ley determinada y aprobaban el uso extenso de decretos supremos para ejecutar programas que el Legislativo había aprobado en

³⁵ Esta parte se basa en Arturo Valenzuela, *The Breakdown of Democratic Régimes*.

términos muy generales. También privaba al Congreso de tratar asuntos relativos a previsión social, reajustes de sueldos, pensiones, etc., en los sectores privado y público, el corazón de la negociación legislativa.³⁶

Lo irónico es que los reformadores constitucionales daban por sentado que ganarían fácilmente la presidencia en 1970. En cambio, como fuerza de oposición heredaron un Poder Legislativo debilitado con facultades esencialmente negativas, mientras entregaban a la izquierda un Poder Ejecutivo menos obligado que nunca antes a buscar la transacción y el acomodamiento con las élites legislativas. En aras de la eficiencia política habían reducido la importancia de la instancia principal de acomodamiento, acentuando así la índole contrapuesta del sistema de partidos polarizado de Chile.

Estos cambios en las reglas del juego coinciden con otros cambios importantes en la política chilena, incluso los explican. El más notable de ellos fue en los años 60, el surgimiento de un partido de centro nuevo, con un estilo político marcadamente diferente. Al contrario de su predecesor, el pragmático Partido Radical, la Democracia Cristiana chilena se concebía a sí misma como una nueva fuerza de mayoría absoluta en la política chilena, el camino del medio entre “el marxismo” y “la reacción”, capaz de ganarse la adhesión del electorado de ambos lados de la gran línea divisoria de la política chilena.

La Democracia Cristiana logró conquistar la presidencia en 1964, en un arreglo de coalición con la derecha y en las elecciones parlamentarias de 1965 logró la votación más impresionante de un partido chileno en la historia moderna del país.

Una vez en el poder y alentados por su éxito electoral, los democristianos procuraron poner en marcha un programa de amplio alcance, despreciando el toma y daca tradicional de la política chilena, con lo que despertaron el antagonismo de todos los elementos de oposición, de izquierda, derecha y centro. Se mostraron particularmente duros con los radicales de centro, rechazaron las ofertas de colaboración y despidieron o pasaron por alto a los funcionarios radicales en la burocracia. Aun cuando lograron desplazar al Radical como el partido chileno de centro, a la inversa de éste no se mostraron dispuestos a tolerar políticas clientelistas o de intercambio de favores, ni a servir de mediadores o de puente eficaz entre partidos y grupos. La actitud democristiana, unida a la creciente radicalización de los grupos elitistas de izquierda (en especial dentro del Partido Socialista) y el resentimiento que se sentía en los círculos derechistas que habían dado su

³⁶ Véase Valenzuela y Wilde, “El Congreso y la redemocratización en Chile”.

apoyo electoral a Frei por las reformas gubernamentales, acrecentó el nivel de enfrentamiento ideológico.

Si la Democracia Cristiana hubiese conseguido convertirse en auténtica mayoría de centro, la creciente tensión política no hubiera tenido repercusiones institucionales tan serias. Pero, a pesar de inmensos esfuerzos organizativos, extenso uso de recursos y programas estatales en beneficio de los partidarios, y de niveles extraordinarios de ayuda del exterior, la DC no logró romper la división tripartita de la política chilena.

En consecuencia, aun cuando quedó en claro que no podría ganar sola las elecciones presidenciales de 1970, resultó imposible estructurar una coalición pre-electoral ni con la derecha ni con la izquierda. La mayor parte del disminuido Partido Radical se unió a la candidatura del socialista Salvador Allende, quien aventajó apenas al candidato de derecha Jorge Alessandri, en la elección entre tres competidores, con una mayoría relativa del 36,2% contra 34,9% de la votación, sorprendiendo a la mayoría de los encuestadores. Allende ganó, a pesar de recibir un porcentaje de votos inferior al que tuvo en 1964, en una contienda presidencial de dos candidatos, contra Eduardo Frei. Los resultados ilustraron claramente las repercusiones del fracaso de la derecha y del centro, al no lograr en 1970 una coalición como la habían tenido en 1964. El candidato demócratacristiano Radomiro Tomic llegó tercero con el 27,8% de los votos.

El apoyo demócratacristiano en el Congreso permitió que Allende ocupara la presidencia; por primera vez en la historia de Chile la izquierda conquistaba el cargo máximo de la nación. Pero la posición minoritaria del presidente, junto a la falta de apoyo mayoritario en el Congreso le significó al igual que otros presidentes anteriores, ajustar su programa a las realidades de la política de coaliciones, aunque la propia reforma que la derecha y la Democracia Cristiana habían conseguido hacía menos imperiosa que antes esa transacción.

Era más fácil hablar de transacción que realizarla. Había elementos importantes en la coalición de la Unidad Popular, incluso el propio Partido Socialista de Allende, que estaban comprometidos abiertamente con la transformación revolucionaria del orden socioeconómico y del marco institucional de la política chilena. Además, la coalición era torpe y recalcitrante, con grupos y partidos que competían, tanto entre sí como con la oposición por el botín y el apoyo popular.

Al mismo tiempo, la elección de Allende encendió una reacción extraordinaria entre poderosos sectores de la sociedad chilena, que temían pudiera instalarse en Chile una “democracia popular” marxista-leninista pro Moscú. A ambos lados del dividido sistema chileno de partidos, el compro-

miso con el cambio o la mantención del orden socioeconómico a toda costa superaba muy lejos todo compromiso con los principios de la democracia histórica de Chile.

En tales circunstancias, la estructuración de una coalición de centro, comprometida con cambios de fondo mientras garantizaba las libertades tradicionales, resultaba vital para la supervivencia del sistema político. No obstante, igual que sus antecesores democratacristianos, muchos dirigentes de la coalición de la Unidad Popular se convencieron de que el uso audaz del poder estatal podría romper el punto muerto político y llevar a un apoyo mayoritario para la izquierda. Ello condujo a la promulgación de múltiples políticas redistributivas y de estímulo económico mal concebidas que determinaron una inflación desatada y otros infortunios económicos que, combinados con medidas de discutible legalidad dirigidas a poner la empresa privada bajo control estatal, enajenaron profundamente los intereses empresariales grandes y pequeños, y a buena parte de la extensa clase media y clase media baja del país.

Pero los fracasos del gobierno no eran solamente fruto de políticas irresponsables y presiones de la extrema izquierda por acelerar un proceso revolucionario. También se originaron en el rechazo de dichas políticas por parte de una población cada vez más movilizada, ubicada en las clases media alta. Junto a ello hay que agregar el sabotaje y la subversión, así como las intrigas foráneas. En este ambiente de suspicacias y violencia creciente, las líneas de comunicación entre dirigentes y simpatizantes de partidos opuestos se erosionaron, acentuando así la polarización de la política chilena.

En diversos momentos claves, y a pesar de las presión de ambos polos, se hicieron intentos de forjar un consenso de centro y estructurar las transacciones necesarias para salvar el régimen. Pero los grupos de centro y los políticos moderados de ambos bandos que tenían en su mano la posibilidad de encontrar soluciones renunciaron a su responsabilidad en favor de intereses de grupo más estrechos y de corto plazo; con ello se agravó aún más la tensión y se redujeron los canales de acomodamiento. La participación activa de los “poderes neutrales”, como los tribunales y las Fuerzas Armadas, abre paso al pronunciamiento militar.³⁷

El quiebre chileno fue, pues, un proceso dialéctico complejo, en el cual los patrones de acomodamiento que habían resistido la prueba del

³⁷ Potencias neutrales es término que usa Juan Linz. Véase su estudio pionero, *The Breakdown of Democratic Régimes: Crisis, Breakdown and Re-equilibration* (Baltimore, Md.: The Johns Hopkins University Press, 1978) que destaca la dimensión de elección contra determinantes socioeconómicos.

tiempo se vieron erosionados por el surgimiento de un centro mal dispuesto a cerrar la brecha entre los extremos, y la declinación de las instancias institucionales de acomodamiento en aras de la eficiencia técnica. También fue el fruto de serios errores de cálculo, estrechos intereses de grupo y falta de coraje en circunstancias decisivas. Pero el quiebre no era inevitable. Aun cuando las características estructurales de la política chilena y el curso de los acontecimientos entrababan seriamente la acción humana, había espacio para elegir, para que un liderazgo resuelto impidiese el desenlace final.

IV El sistema de Partidos en Chile Autoritario

El proceso de quiebre marcó una profunda crisis en el sistema institucional chileno, pero no significó la destrucción del sistema de partidos en el país. De hecho, el quiebre no fue, para usar las palabras de Samuel Huntington, ejemplo de instituciones débiles incapaces de hacer frente a las crecientes exigencias políticas de una población cada vez más movilizada. Al contrario, se puede argüir que la movilización fue fruto de la creciente fuerza de los principales partidos de Chile, espoleada por el impulso del período de la Democracia Cristiana y de Allende.³⁸

A medida que el foro institucional se veía reemplazado por el electoral y por la calle, como lugares principales de actividad partidista y aun paramilitar, las organizaciones partidistas crecieron en fuerza y militancia. Aun cuando la elección de 1970 se realizó bajo la bandera de dos coaliciones: la Unidad Popular y la Confederación Democrática, cada partido conservó su identidad y apeló a los electores sobre la base de esa identidad. Las organizaciones y los militantes de los partidos incluso ganaron la supremacía, pues a los dirigentes nacionales se les hizo cada vez más necesario responder a las demandas de las bases.

En el período inmediatamente posterior al pronunciamiento militar quedó en claro que las nuevas autoridades no se proponían simplemente restaurar el orden y devolver el sistema político a los líderes de los partidos. Mientras muchos de los dirigentes de los partidos de izquierda eran encarcelados o exiliados y los bienes de sus partidos confiscados, los partidos de centro vieron sus actividades fuertemente restringidas. Los partidos de derecha simplemente se autodisolvieron y en su mayoría aceptaron la definición de la crisis y del porvenir del país que daban las Fuerzas Armadas.

³⁸ Samuel Huntington, *Political Order in Changing Societies* (New Haven, 1968).

Cabe destacar, sin embargo, que los dirigentes del gobierno militar no contaban con la represión como único factor que iba a volver anticuado el histórico sistema de partidos. Estaban seguros de que los partidos se componían principalmente de políticos egocéntricos que buscaban su propio interés y que los chilenos transformarían el sistema de partidos y sus hábitos a medida que experimentaran el orden y el progreso sin la demagogia de costumbre.

Y el gobierno militar encontró elocuente apoyo a esta posición en el equipo de jóvenes tecnócratas pro mercado libre a quienes se contrató para manejar la economía. De acuerdo con los “Chicago boys”, el crecimiento económico y el acceso a una multitud de bienes de consumo derivados de una apertura a la economía internacional, minaría la adhesión a los partidos de la izquierda marxista. El sistema de partidos de Chile aparecía, pues, como vestigio del subdesarrollo y de políticas estatistas, que desaparecería con la modernización.

El espectacular resurgimiento de los partidos políticos a la zaga de las protestas de 1983, diez años después del pronunciamiento militar, debilitó considerablemente estos supuestos. Las organizaciones y los dirigentes de partidos ocupan nuevamente el centro de la escena y las autoridades del régimen deben dedicar buena parte de su tiempo a contrarrestar la estrategia partidista. Los partidos constituyen las fuerzas determinantes que respaldan los movimientos de protesta representados por la Alianza Democrática (AD), de centro, y por el Movimiento Democrático Popular (MDP), de izquierda.

Tres factores explican la incapacidad del régimen militar para destruir el sistema de partidos.³⁹ En primer lugar, si bien Chile efectivamente experimentó cierto crecimiento económico a fines de los años 70 y amplios sectores de la población tuvieron acceso a bienes de consumo importados, sería erróneo suponer que la adhesión partidista, especialmente de la izquierda, se podría explicar cabalmente en función de la pobreza o la frustración, o que la prosperidad y la disminución de dicha frustración debilitarían esa adhesión.

El Cuadro 8 que ya se mencionó subraya el hecho de que la izquierda recibía apoyo de grupos de altos ingresos y no sólo de los bajos ingresos. Y los excelentes estudios de Alejandro Portes demuestran de manera concluyente que los indicadores de pobreza, bajo nivel educacional y frustración no logran explicar adecuadamente la votación izquierdista en Chile. Como lo ha señalado

³⁹ Esta parte se basa en Valenzuela y Valenzuela, “Partidos políticos”. Véase un acento diferente en el estudio de Manuel Antonio Garretón, *El proceso político chileno* (Santiago: Flacso, 1983).

Portes, la identificación con partidos de izquierda es producto de la socialización política, la influencia de la organización y los grupos claves de referencia, tales como los sindicatos en el entorno laboral industrial. La socialización política contribuye a su vez a cambios en la visión del mundo, en función de la cual los individuos tienden a asociar sus propias dificultades, o las del país, con desigualdades estructurales, y no con sus propias deficiencias. Como indica Portes, el aumento de la votación a favor de los partidos de la Unidad Popular en 1973 (en relación con 1969), en medio de hiperinflación y fuertes privaciones, testimonia los cálculos no economicistas de los partidarios de la izquierda.⁴⁰ Los cálculos políticos basados en criterios estrictamente económicos explican mejor la posición política de los votantes de centro, cuya identificación partidista es débil, que la adhesión de votantes de izquierda o votantes cuya identificación es fuerte. Fueron más bien los votantes de centro quienes apoyaron al Presidente Pinochet en el plebiscito de 1980, en pleno “boom” económico. La grave declinación económica que comenzó en Chile a fines de 1981, si bien determinó escasa diferencia en el apoyo al régimen entre los de identificación partidista fuerte, significó serias dificultades para el régimen entre los sectores cuyo entusiasmo por sus políticas era relativo.

En segundo lugar, los partidos políticos no han desaparecido, pese a restricciones considerables, porque con ella los partidos han logrado establecer una presencia importante en una multitud de instituciones de la sociedad civil. En las juntas de vecinos, sindicatos, grupos estudiantiles, incluso las asociaciones profesionales, los cargos dirigentes se han ido llenando poco a poco con activistas con vínculos de partido. Con ello se ha asegurado la presencia de actividad partidista entre los dirigentes de nivel inferior y las bases. De hecho, el régimen aseguró el libre acceso de los elementos partidistas tradicionales a cargos dirigentes, al negarse a procurar la estructuración de un movimiento partidista masivo en su favor. Si bien dicho movimiento hubiera tropezado con serias dificultades en Chile (como se ve por la suerte de los sindicatos pro gobierno), de todos modos hubiera podido contener los esfuerzos partidistas por recuperar su presencia en funciones societales de liderazgo.⁴¹

⁴⁰ Véase Alejandro Portes, “Occupation and Lower-Class Political Orientations in Chile”, en Valenzuela y Valenzuela, *Chile: Politics and Society*. Véase también su “Status Inconsistency and Lower-Class Leftist Radicalism”, *The Sociological Quarterly* Vol. 13 (Verano 1972): 361-382, y “Political Primitivism, Differential Socialization, and Lower-Class Leftist Radicalism”, *American Sociological Review* Vol. 36 (octubre 1971): 820-835, ambos basados en su estudio de Chile. Véase también Portes, “Urbanization and Politics in Latin America”, *Social Science Quarterly* Vol. 52, N° 3 (diciembre 1971).

⁴¹ Véase Karen Remmer, “Public Policy and Régime Consolidation: The Five Years of the Chilean Junta”, *The Journal of Developing Areas* Vol. 13 (julio 1979).

Sin una competencia abierta y autorizada oficialmente, los partidos pudieron reclutar dirigentes nuevos, con frecuencia por selección de los líderes “naturales” que surgieron luego de la purga de líderes anteriores. Los sucesos en Chile se han parecido a los de España en circunstancias aún más restrictivas. Como anota José Maravall, refiriéndose a los partidos de izquierda, “el surgimiento de la clase obrera y del movimiento estudiantil dependía de la supervivencia clandestina de los partidos de izquierda. Estos partidos proporcionaron las estrategias y los dirigentes, y fue la capacidad de supervivencia de estos partidos lo que mantuvo vigente la resistencia de obreros y estudiantes durante el período largo y difícil de los 40 y 50, y lo que más tarde reanimó la lucha”.⁴²

Pero el fracaso de la motivación económica para minar la adhesión partidista, junto con la capacidad de los activistas de partido para mantener una presencia significativa en los diversos espacios organizativos de la sociedad, es en muchos aspectos función del tercer factor, que es el más importante: la supervivencia del “panorama político” de Chile. Ninguna democracia que haya experimentado un quiebre político, posiblemente con excepción del Uruguay, tuvo un sistema de partidos tan fuerte y duradero.

La identificación con los partidos principales tiene fuertes raíces en la sociedad chilena, donde la adhesión partidista pasa de generación en generación. Como ya se dijo, los chilenos acostumbran hablar de una “subcultura” comunista o radical para señalar afiliaciones partidistas que son frecuentemente indicio de un estilo de vida más que de simples preferencias políticas. Y, como se vio en el Cuadro 9, supra, los totales cambiantes en el porcentaje global de la votación que recibieron los partidos principales no disminuyeron la fuerte continuidad en la estabilidad geográfica de las bases partidistas a nivel comunal. El partido más débil de Chile puede ser el centrista Partido Demócrata Cristiano, porque es nuevo y por la volatilidad de las opciones de centro en el país. No obstante sus raíces datan de más de cuarenta años y sus fuerzas organizativas propias, además del interés ideológico para los elementos católicos que buscan un gobierno progresista, dan a entender que todavía conserva su lugar en la política chilena.

Es irónico que al prohibir los partidos y limitar sus actividades, el régimen en realidad contribuyó a “congelar” en su lugar no sólo a los partidos tradicionales sino también a los propios dirigentes a los partidos tradicionales sino también a los propios dirigentes a quienes sacó del poder en 1973. En ausencia de contiendas internas y de intereses electorales más amplios, no han podido surgir líderes nuevos que reemplacen a los antiguos, más fácilmente reconocibles, que se destacaban antes del pronunciamiento militar.

⁴² José Caravall, *Dictatorship and Political dissent* (London: Tavistock, 1978), p. 166.

No contradice esta observación el hecho de que han surgido múltiples opciones partidistas desde que el régimen inició la apertura política, en agosto de 1983, encabezada por el Ministro del Interior Sergio Onofre Jarpa. Muchos de estos protopartidos constituyen reclamaciones rivales de los cargos dirigentes de partidos establecidos. Es lógico que en un contexto autoritario de apertura parcial la norma habrá de ser el hiperfaccionalismo. Ello ocurre precisamente porque no se pueden resolver con eficacia las reclamaciones rivales mediante la democracia interna de los partidos y no hay elecciones que determinen la diferencia entre partidos de verdad y partidos de papel. Con el regreso de la democracia, aquellos grupos que sean capaces de reclamar la corriente principal de los partidos históricos serán los que conquisten la mayor parte del apoyo electoral.

Pero ¿y si las reglas del juego cambian sustancialmente? Algunos dirigentes del gobierno han dejado en claro que les gustaría ver en Chile el surgimiento de un sistema bipartidista. Con tal fin se han analizado diversas propuestas, entre ellas la proscripción de los partidos marxistas, el cambio a un sistema de distritos con representante mayoritario único, y una ley que exigiría 10.000 firmas para que un partido obtenga reconocimiento legal.⁴³

Las autoridades y los adherentes al régimen, al sostener que la prohibición legal de los grupos marxistas ayudaría a restaurar la democracia en Chile señalan como ejemplo la prohibición de “partidos totalitarios” que figura en la Constitución de la República Federal de Alemania.⁴⁴ Pero la comparación con

⁴³ La proscripción de los partidos marxistas se contempla en el Artículo 8 de la Constitución. Véase la nota 44. El Presidente Pinochet envió a la Junta en 1984 la ley sobre partidos políticos, con la salvedad que se necesitarán 100.000 firmas para que un partido pueda inscribirse como tal. Esta proposición ha encontrado oposición en la Junta, la que resuelve por unanimidad. El Consejo de Estado todavía no ha pasado al Presidente la ley electoral y ésta continúa en estudio en una subcomisión. Es probable que el sistema de representación proporcional quede descartado en la propuesta del Consejo de Estado, en favor de un sistema de mayoría simple, con el fin de tratar de cambiar el carácter subyacente del sistema de partidos. Sin embargo, es posible que contemple distritos con dos representantes y no uno solo. Todo el paquete de leyes constitucionales está todavía en estado embrionario.

⁴⁴ Véase el argumento de Jaime Guzmán en una mesa redonda del Centro de Estudios Públicos, que se publicó con el título “Pluralismo y proscripción de partidos antidemocráticos”, *Estudios Públicos* N° 13 (Verano 1984): 10-15. Las restricciones a los partidos políticos en Chile se encuentran en el Artículo 8 de la Constitución, el cual señala que “todo acto de persona o grupo destinado a propagar doctrinas que atenten contra la familia, propugnen la violencia o una concepción de la sociedad, del Estado o del orden jurídico, de carácter totalitario o fundada en la lucha de clases, es ilícito y contrario al ordenamiento de la república. Las organizaciones y los movimientos o partidos políticos que por sus fines o por la actividad de sus adherentes tienden a esos objetivos, son inconstitucionales”. El Artículo 19 agrega: “Prohíbense las asociaciones contrarias a la moral, al orden público y a la seguridad del Estado”. Véase *Textos comparados de la Constitución Política de la República de Chile 1980 - Constitución Política de la República de Chile 1925* (Santiago: Instituto de Estudios Generales, 1980). Las citas corresponden a las páginas 19 y 30, respectivamente. Véase una opinión contraria en la participación de Francisco Cumplido en la mesa redonda ya mencionada, publicada en *Estudios Públicos* N° (Verano 1984).

Alemania es totalmente inadecuada. El Partido Comunista alemán jamás alcanzó la prominencia de su contraparte chilena. Además, su fuerza había menguado considerablemente incluso antes de que se adoptaran las medidas constitucionales restrictivas. Por último, otros factores tales como el requisito de que los partidos pequeños cuenten al menos con el 5 por ciento del electorado para sobrevivir, los importantes cambios en la sociedad alemana y la división del país, fueron mucho más influyentes que las prohibiciones constitucionales en decir el destino electoral con los comunistas.⁴⁵

Es más, si el partido alemán hubiera poseído la fuerza del chileno, habría logrado sobrevivir pese a las prohibiciones, como de hecho lo logró el Partido Comunista chileno por cerca de un decenio de proscripción. Durante los años en que el partido estuvo prohibido se las arregló para presentar candidatos bajo otras banderas partidistas. Y aunque tales prácticas fueran objeto de una vigilancia más estricta, sería imposible impedir que militantes y simpatizantes comunistas voten por otros partidos, con lo que su presencia pesaría indirectamente y ocasionaría tensiones en otros partidos y movimientos. En el mejor de los casos, la proscripción de los partidos de izquierda induciría a grandes sectores de la población a poner en duda la legitimidad de las instituciones democráticas y debilitaría la capacidad de éstas para resolver los problemas de la nación. En el peor, reforzaría las corrientes internas de aquellos partidos que son hostiles a los procedimientos democráticos y fomentaría la instalación del socialismo por la fuerza.

Aun cuando el Partido Comunista chileno ha adoptado la actitud de que la oposición al régimen militar no debe excluir los actos de violencia, la postura histórica del partido se ha centrado en el rechazo de la vía armada al poder y la aceptación de la participación plena en el proceso electoral. Tal es claramente la posición de la inmensa mayoría de los dirigentes socialistas. Prohibir los partidos de izquierda en Chile, so pretexto de que constituyen una amenaza al orden social, y desarrollar una política “moderna” no sólo es una medida ilusoria condenada al fracaso sino que también corre el riesgo de convertirse en una profecía autocumplida, que refuerza el propio resultado que la medida procura evitar.

⁴⁵ Ningún estudio serio de la política de Alemania Federal atribuye la escasa votación comunista a las disposiciones de la Constitución. Véase, como estudio definitivo, Juan Linz, “The Social Bases of West German Politics”, 2 tomos, tesis de doctorado sin publicar, Columbia University, 1959. Un artículo que utiliza parte de sus resultados es Juan Linz, “Cleavage and Consensus in West German Politics: The Early Fifties”, en Lipset y Rokkan (de. *Party Systems and Voter Alignments*, pp. 283-321. Según hace notar Linz, en Alemania el Partido Comunista, aun antes de ser prohibido, ya estaba reducido a una “minoría insignificante”. Véase p. 285. Hay un resumen útil del sistema de partidos alemanes en Gerhard Loewenberg, “The Development of the German Party System”, en Karl H. Cerny (de.) *Germany at the Polls* (Washington: 1978), reproducido en *Estudios Públicos* N° 13 (Verano 1984): 152-83.

La tentativa de crear un sistema de dos partidos también es ilusoria. Señalar al Brasil como ejemplo exitoso de régimen autoritario que crea dos partidos moderados es una interpretación seriamente errónea de la historia previa de los sistemas de partidos en el Brasil y en Chile.⁴⁶ Como lo ha observado Bolívar Lamounier, los partidos brasileños, para comenzar, eran difusos y mal estructurados, con raíces históricas poco profundas y escasa continuidad, en abierto contraste con el sistema de partidos en Chile.⁴⁷

Ciertos estudiosos de la conducta electoral apoyan la tesis de Duverger en el sentido de que los sistemas de mayoría simple con un representante por distrito se asocian con los sistemas de dos partidos, en tanto que los sistemas de representación proporcional se asocian con los sistemas multipartidistas.⁴⁸ Si bien confirma la validez de esta tesis, Arend Lijphart destaca el hecho de que no existe una relación causal simple entre ley electoral y características del sistema de partidos. La relación es en realidad recíproca; con el tiempo los sistemas bipartidistas ven que les conviene conservar el sistema de mayoría simple con un representante por distrito, en tanto que los sistemas multipartidistas prefieren mantener el sistema de representación proporcional.⁴⁹ Por este motivo, no sólo es dudoso que un cambio en el sistema electoral vaya a afectar al sistema de partidos sino, lo que es más significativo, es discutible que la instalación de un sistema de mayoría simple con uno o dos representantes por distrito, impuesta por un gobierno militar saliente, vaya a durar mucho una vez restablecida la política democrática. Los intereses creados son demasiado grandes en favor de mantener la presencia de partidos en cada una de las tres tendencias históricas de Chile.

⁴⁶ Véase Larráin, "Democracia, partidos políticos y transición", p. 115.

⁴⁷ Véase el trabajo de Bolívar Lamounier, "Partidos políticos e consolidação democrática: algumas indicações sobre o caso brasileiro", preparado para el taller "Political Parties in the Southern Cone", Woodrow Wilson International Center for Scholars, noviembre 16-17, 1984. Está claro, además, que el sistema brasileño de dos partidos no sobreviviría a una apertura democrática verdadera. La formación del Partido Liberal y del Partido Obrero insinúa la evolución de un sistema multipartidista que, en todo caso, guardaría mayor similitud con el sistema histórico de Chile que con el sistema de partidos del Brasil anterior a 1964.

⁴⁸ Véanse Duverger, *Parties politiques* y Douglas Rae, *The Political Consequences of Electoral Laws* (New Haven: 1967), pp. 93-95. Hay una proposición antigua y algo extrema que relaciona los sistemas electorales con los de partidos, en F.A. Hermens, *Democracy or Anarchy: A Study of Proportional Representation* (South Bend, Ind.: University of Notre Dame Press, 1941).

⁴⁹ Lijphart, *Democracies*, p. 158. En un estudio del surgimiento de partidos nuevos en el marco de Europa Occidental, Charles Hauss y David Rayside demuestran que el sistema electoral tuvo escasa importancia. Los partidos nuevos prosperaron tanto con el sistema de representación proporcional como con el de mayoría simple con un solo representante. Véase Hauss y Rayside, "The Development of New Parties in Western Democracies since 1945". Al analizar el caso de Chile, Teresa Miranda también señala que el sistema electoral como tal no fue un factor determinante. Es más, observa que la declinación del fraccionamiento en los años

Es más, probablemente la oposición más fuerte a la adopción de un sistema de mayoría simple con uno o dos representantes por distrito provenga de la derecha, cuya participación relativa en la votación disminuyó durante los años 60. En una simulación de tres elecciones parlamentarias en los años 60, que hicieron Carolina Ferrer y Jorge Russo, se observa que con una fórmula de mayoría simple con un representante por distrito los ganadores habrían sido claramente los partidos de centro.⁵⁰ Así pues, en 1961, el Partido Radical, que obtuvo el 26,5% de los escaños, hubiera obtenido el 50% con la fórmula de mayoría simple. Y en 1965 y 1966 la Democracia Cristiana hubiera obtenido el 86% y el 76% de todos los escaños, contra el 55,8% y el 37,3% que fue lo que el partido obtuvo efectivamente. Los partidos de derecha hubieran desaparecido por completo en 1965 y en 1969 hubieran ganado sólo el 3,4% de los escaños, contra el 22% que en realidad obtuvieron. Los partidos de izquierda hubieran corrido una suerte similar.

Puesto que es improbable que en un sistema de mayoría simple con un representante por distrito los partidos se hubieran presentado solos, Ferrer y Russo simularon el resultado de las elecciones con coaliciones de derecha, centro e izquierda. En 1961 la derecha hubiera tenido virtualmente todos los asientos; en 1965 los partidos de centro hubieran controlado el 71% y en 1969 la izquierda marxista hubiera obtenido el 86,2% de los escaños (con el 25% solamente de los votos).

Aun cuando un sistema de dos vueltas, como el que se usa en la Quinta República francesa, impediría que la suerte cambiante de las coaliciones arrase con los escaños, está claro al parecer, que la introducción de un sistema de mayoría simple con un representante por distrito, con la esperanza de estructurar dos partidos, está rodeada de incertidumbre y sería resistida por todos los bandos. De hecho, resulta irónico que haya sectores de derecha que piensen en un sistema de mayoría simple con un representante por distrito, puesto que, como lo ha demostrado tan brillantemente Stein Rokkan, los sistemas de representación electoral fueron instituidos históricamente por elementos de clase alta y conservadores, como medio de conservar su propia influencia en un ambiente de creciente política de masas.⁵¹

60 se produjo a pesar de que se había empleado el mismo sistema electoral todo el tiempo. Véase Miranda, "El sistema electoral", pp. 68-69. Los sistemas electorales pueden reforzar ciertos patrones partidistas en el tiempo, pero no son determinantes.

⁵⁰ Carolina Ferrer y Jorge Russo, "Sistemas electorales parlamentarios alternativos: un análisis para Chile", *Estudios Públicos* N° 13 (Verano 1984).

⁵¹ Véase Stein Rokkan, "Electoral systems", en Rokkan, *Citizens, Elections, Parties*, pp. 157-58.

Con todo, ¿es posible que una combinación entre reglas electorales de mayoría simple con un representante por distrito, abolición de los partidos marxistas y exigencias estrictas para la inscripción de partidos, junto con el sistema presidencial chileno en que el ganador se lleva el premio, pueda alentar la formación de un sistema bipartidista?

No es imposible, por cierto, que dichas medidas pueden culminar en la reducción drástica de la cantidad de partidos. No obstante, el resultado práctico sería sencillamente el de obligar a estructurar coaliciones que serían partidos sólo en el nombre. Esto ha ocurrido en países como Israel y Francia, donde los partidos se han visto reemplazados por grandes bloques o federaciones.⁵² Y si se trata de reducir el grado de conflicto e inestabilidad, dichos bloques pueden incluso ejercer el efecto contrario. Chile ofrece uno de los mejores ejemplos del ominoso efecto de una dinámica política que obliga a la estructuración de semejantes bloques. Para maximizar las posibilidades obtener el mayor número de escaños en las elecciones parlamentarias de 1973, los partidos que apoyaban al gobierno y los que apoyaban a la oposición estructuraron sendas listas conjuntas bajo la denominación de Unidad Popular y Confederación Democrática, respectivamente. En lugar de moderar el espectro político, la configuración en dos partidos llegó a representar la polarización más extrema: una curva en U con carencia absoluta de fuerzas de centro.

La experiencia chilena demostró que en tales condiciones las fuerzas moderadas al interior de cada una de las coaliciones se ven presionadas fuertemente por los extraños, reduciendo así aún más toda tendencia, centripeta del sistema político. No hay motivos para suponer que los esfuerzos por obligar a la política chilena a encarar alternativas bipartidistas no terminarán, otra vez, en la creación de coaliciones que van a polarizar el proceso político. Es erróneo pensar que la política “moderada” se puede “imponer” a una sociedad cuyas opciones partidistarias están claramente definidas. La proscripción de la izquierda sólo reforzará el proceso, al dejar a los partidos de centro e izquierda sin otra opción que la de coligarse.

Estas observaciones tomadas del caso chileno apoyan la tesis de Arendt Lijphart, en el sentido de que en sociedades claramente divididas, una opción mayoritaria bipartidista puede de hecho crear tensiones mayores en el sistema político que una opción multipartidista. Citando como ejemplo el caso de Austria, observa que el sistema bipartidista de ese país limitó el

⁵² Véase Jonathan Mendilow, “Party Cluster Formations in Multi-Party Systems”, *Political Studies* Vol. XXX, N° 4: 485-503.

proceso de cooperación y comprensión a nivel de élite, en lugar de facilitar-lo. Ello ocurrió porque la estructura bipartidista impedía la representación correcta de importantes segmentos de la sociedad. Según Lijphart, el sistema multipartidista es más capaz de reflejar los intereses sociales de manera clara y separada, facilita la transacción y el acomodamiento del liderazgo político. Mendilow demuestra lo mismo cuando sostiene que el “agrupamiento de partidos”, como en Israel y Francia, en lugar de conducir a la estabilidad que contemplan los “partidos de base heterogénea”, de Otto Kirchheimer, “tienden a hacer que todo el sistema de partidos se vuelva inestable”.⁵³

V Conclusión: Proposición para un Gobierno Parlamentario

De este análisis y de los temas de este trabajo se desprende que la redemocratización de Chile no tendrá éxito si se estructura sobre la premisa de que es preciso destruir el sistema de partidos o cambiarlo drásticamente. La clave para la redemocratización es reconocer que la política chilena está constituida por diversas corrientes políticas importantes y polarizadas, con fuerte representación partidista. El desafío de la redemocratización no reside en la tentativa ilusoria y contraproducente de destruir aquel sistema de partidos. Se trata más bien de reestructurar mecanismos dirigidos a cerrar la brecha de la realidades centrífugas de la política chilena y alcanzar un consenso mínimo respecto de las reglas del juego y de las políticas que se necesitan para gobernar el país. Esto se podrá lograr solamente reforzando las instancias institucionales de adaptación capaces de ofrecer canales de expresión política, transacción y gobierno eficaz.

El punto de partida debe ser el reconocimiento de que el régimen presidencial en Chile fracasó. Como ya se sostuvo, todos los presidente de Chile que han gobernando desde la configuración del sistema de partidos en los años 20, entre ellos Carlos Ibáñez y Jorge Alessandri, que se presentaron como candidatos independientes “por encima” de la política partidista encontraron que gobernar el país era extraordinariamente difícil. Los presidentes eran elegidos sin excepción por minorías o coaliciones que luego se desintegraban después de cada elección. En consecuencia, los presidentes, en su mayoría, contaban con escaso apoyo en el Congreso, e incluso con una oposición declarada. Lo que importa destacar es que a todos los partidos les

⁵³ véase Lijphart, *Democracy in Plural Societies* (New Haven: 1971), pp. 62-64. Véase Mendilow, “Party Cluster Formations”, p. 486.

interesaba poco prestar apoyo activo al presidente. Al contrario, podían ganar más con la percepción del fracaso de la gestión presidencial que con la de su éxito. Como el presidente no podía ser reelegido, carecía de la autoridad política que nace de la posibilidad de ganar la reelección. Hasta su propio partido estimaba ventajoso, apartarse del presidente y sus problemas, a mediados de su período, y preparar la próxima candidatura. Los períodos presidencial y parlamentarios fijos construían al ambiente de punto muerto y a la impresión de crisis permanente que permeaba la política chilena.

Es paradójico que en Chile la reacción a este problema de gobierno haya sido la de buscar un aumento del poder presidencial. Se sostiene que la solución del urgente problema económico y social del país exige un liderazgo fuerte, el cual se ve impedido de actuar por los estrechos intereses partidarios representados en el Poder Legislativo. Pero la historia de Chile en el último tiempo ha demostrado que un aumento en el poder presidencial sólo ha agravado el problema al reducir las instancias de adaptación funcional y provocar los enfrentamientos más fuertes entre Ejecutivo y Legislativo. La razón por la cual el aumento del poder presidencial no resuelve el problema de gobierno se deriva directamente de los puntos fundamentales que se sostienen en este trabajo. El sistema multipartidista de Chile no puede generar apoyo mayoritario salvo mediante la estructuración de coaliciones amplias. Estas se producen frecuentemente antes de las elecciones presidenciales y en el régimen presidencial no hay incentivo para mantener el respaldo de la coalición el Congreso. Más aún, cuanto más fuerte es el poder del mandatario como actor constitucional separado, más se desincentiva la estructuración de dicho respaldo entre partidos y grupos celosos de su autonomía y de sus perspectivas electorales futuras. Se podría incluso sostener que en Chile ha habido una correlación inversa entre el poder de la presidencia y el éxito del régimen presidencial. Cuando más fuerte ha sido el presidente, más débil ha sido el régimen presidencial. Por esta razón, las élites políticas de Chile deben pensar seriamente en instalar un régimen de gobierno parlamentario.

El sistema parlamentario se caracteriza por la generación de la autoridad ejecutiva mediante el apoyo mayoritario en el Parlamento y la responsabilidad constante del Ejecutivo ante él. De este modo, si la mayoría parlamentaria cambia, el Ejecutivo debe reflejar ese cambio con el nombramiento de un nuevo primer ministro y de un nuevo gabinete, o con un llamado a elecciones para elegir un nuevo parlamento. Todos los regímenes parlamentarios tienen un jefe de Estado y no sólo un jefe de gobierno. En muchos países el jefe del Estado es un monarca. En otros es un presidente elegido por el pueblo o bien por el Congreso. Aun cuando en un régimen

parlamentario el presidente detenta pocos poderes, puede desempeñar un papel importante como jefe simbólico “por encima de la política”, en condiciones de cumplir una importante función mediadora en tiempos de crisis.

La instauración en Chile de un régimen parlamentario presentaría tres ventajas claras. En primer lugar, relajaría la tremenda presión por estructurar coaliciones en torno a una opción presidencial de suma cero, alternativa que en el cuadro chileno, pro definición, estimula la polarización. Con un régimen parlamentario en Chile, como en Italia, el presidente sería una fuente de unidad nacional y no de división partidaria. Le tocaría invitar a la formación de gobiernos de gabinete basados en la mayorías parlamentarias.

En segundo lugar, el régimen parlamentario eliminaría el punto muerto paralizante y el enfrentamiento que han caracterizado las relaciones entre el Ejecutivo y el Legislativo en Chile en lo que va del siglo. La nación no tendría que vivir con la rigidez de un compromiso con un período presidencial de seis u ocho años que ya no cuenta con una mayoría operativa. Si el régimen de Chile hubiera sido parlamentario, no se hubiera producido el quiebre de 1973. La mayoría parlamentaria compuesta de la Democracia Cristiana y los partidos de la Unidad Popular, que permitió la elección de Allende en 1970, hubiera tenido que continuar para que Allende se mantuviera como jefe del gobierno. En ausencia de dicha mayoría, el gobierno hubiera caído. Dada la posterior alianza de la Democracia Cristiana con la derecha, se hubiera formado un nuevo gobierno, encabezado probablemente por un demócratacristiano.

Esto nos trae a la tercera ventaja: el sistema parlamentario moderaría la política chilena. Dadas muchas de las similitudes en la posición de los partidos de izquierda y la Democracia Cristiana en 1970, es probable que una coalición entre centro e izquierda hubiera subsistido si el régimen hubiera sido parlamentario. Hubiera subsistido, sabiendo Allende y sus colaboradores que los cambios no podían ser demasiado drásticos, so pena de caída del gobierno. al mismo tiempo, con un régimen parlamentario, el Ejecutivo no hubiera podido embarcarse en la estrategia de tomar sectores de la economía por decisión propia. No hubieran existido los “resquicios legales” para una acción ejecutiva independiente, pues todas las medidas hubieran debido contar con la aprobación mayoritaria del Parlamento.

Esto, a su vez, hubiera reforzado los elementos moderados a ambos lados de la divisoria política de Chile, estimulando así un impulso centrípeto hacia las coaliciones y la transacción, y no el modelo centrífugo de conflicto y la búsqueda de soluciones maximalistas que caracterizó al pasado institucional reciente de Chile. Lo que Chile necesita es precisamente un

sistema que aliente la formación de amplias tendencias centristas, y no uno en que la tendencia de centro desaparece bajo el peso de los extremos, o en que el presidente procura interpretar la voluntad nacional como él estima conveniente, sin el apoyo concreto que hace falta para gobernar.

Resulta algo paradójico que la conveniencia del régimen presidencial goza, al parecer, de tanto favor en la opinión público de élite en Chile.⁵⁴ Es un mito que los regímenes parlamentarios sean más débiles que los presidenciales. La fuerza de todo régimen se mide por su capacidad para promulgar políticas y programas. Pero en una democracia, políticas y programas sólo se pueden promulgar, en último término, si gozan de amplia apoyo popular. Los regímenes parlamentarios funcionan sobre la base del apoyo mayoritario y luego son, por definición, más fuertes. Pese a su triunfo electoral arrollador en 1984, por su carencia de apoyo mayoritario en el Congreso, Ronald Reagan es un gobernante más débil que Margaret Thatcher, en Gran Bretaña, a quien para permanecer en el cargo le hace falta una mayoría parlamentaria.

Es verdad que ciertos regímenes parlamentarios parecen inestables; pero el régimen no es inestable **per se**, es que el sistema parlamentario, como cualquier otro, refleja las divisiones societales subyacentes que se manifiestan en la política partidista. Se cita a menudo el caso de Italia, cuyo sistema de partidos se parece mucho al de Chile. Sin embargo, cabe destacar que Italia ha sido capaz de generar gobiernos moderados y relativamente exitosos. Cosa más importante, sus crisis políticas han sido crisis de gobierno, no de régimen.

Salvo en América Latina, donde los gobiernos constitucionales han sido notablemente débiles, los regímenes presidenciales son la excepción, no la regla. En su mayoría, las democracias estatales del mundo son parlamentarias. Entre las primeras democracias del mundo sólo en los Estados Unidos existe un régimen presidencial en todo el sentido de la palabra. Los únicos otros regímenes presidenciales son las de Francia y Finlandia, y los dos son semiparlamentarios, porque el primer ministro y el gabinete responden ante el poder Legislativo. Y hay que destacar que el régimen presidencial de los Estados Unidos funciona en el marco de un sistema extraordinariamente difuso y a-ideológico de dos partidos del tipo “heterogéneo”, sistema que evolucionó a partir de “escisiones” o divisiones societales de fondo muy distintas de las que se produjeron en Chile.

⁵⁴ Un buen ejemplo de esta opinión, la que se entrega, sin embargo, sin documentación, es el texto presentado por el Consejo de Estado de Chile, junto con el borrador de la Constitución de 1980. Véase *Textos comparados de la Constitución*.

Las escisiones de fondo que condujeron a la creación del sistema multipartidista polarizado en Chile se compara mejor con las que se presentan en Europa y no así con las del caso excepcional de los Estados Unidos. No debe ser tan ilógico estimar que Chile debe pensar en adoptar el sistema de ejercicio del poder más extendido entre los regímenes democráticos, sistema que ha funcionado bien en sociedades cuyas escisiones y tradiciones políticas son similares. La decisión reciente de España en el sentido de instalar un régimen parlamentario sólo refuerza este argumento.

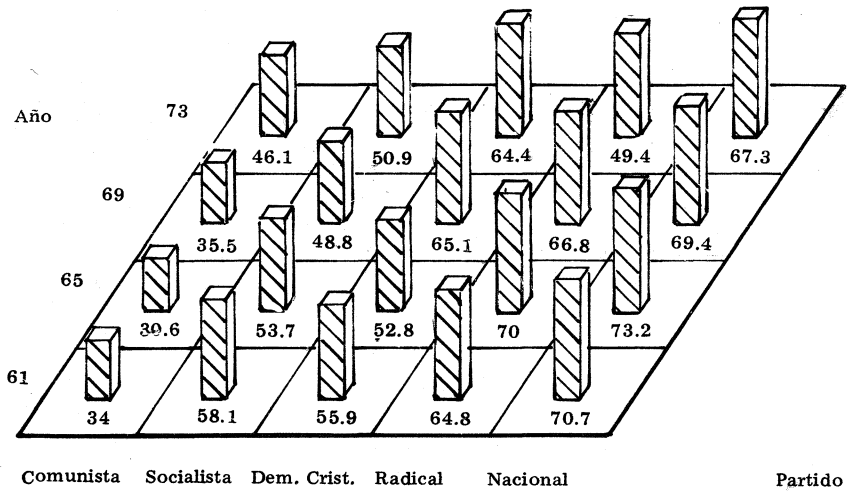
Un obstáculo efectivo que se presenta en Chile en la transición misma está en el hecho de que todas las fuerzas políticas del país confían en que, tarde o temprano, el ejercicio de la democracia ha de conducir a una elección presidencial en alto grado visible y enfrentada, que sólo obligará a los grupos a abanderizarse. Ciertos sectores de la derecha, que hoy quizá se dan cuenta de que no lograrán cambiar la fisonomía de la política partidista de Chile, temen legítimamente que los podrían arrollar. Sectores de centro e izquierda se preguntan cómo van a estructurar una coalición y mantener la legitimidad de su propio programa sin caer víctimas de las intensas fuerzas centrífugas de la política chilena. Los sectores moderados de todos los bandos que piensan que es preciso restablecer las instituciones democráticas pronto, corren el riesgo efectivo de verse acorralados por la lógica de los extremos.

Si se reinstituye el régimen presidencial, a los menos debe contar con algunos de los rasgos importantes del régimen parlamentario. Como en Finlandia, podría contar con un primer ministro y un gabinete responsables ante el Congreso, y disposiciones para llamar a elecciones en caso de "impasse" serio entre el Ejecutivo y el Legislativo. Un sistema electoral de dos vueltas, como en Francia, también ofrecería garantías de que el presidente no salga elegido por pequeñas mayorías relativas del electorado, y que las coaliciones preelectorales se compongan de una mayoría efectiva. Dado el sistema de partidos de Chile, a mi juicio, el marco constitucional de la Constitución Política de 1980, con un Poder Ejecutivo excepcionalmente fuerte, un período presidencial de siete años y un Congreso débil, es la peor opción posible y la menos indicada para conducir a una democracia estable.⁵⁵

⁵⁵ Para debilitar aún más el conflicto se podría tomar diversas medidas adicionales con el fin de construir mecanismos de acomodamiento consociativo, aunque no podrían reemplazar eficazmente un régimen parlamentario de gobierno. Sobre esta cuestión véanse los estudios de Eric Nordlinger, *Conflict Regulation in Divided Societies* (Cambridge, Mass.: Harvard Studies in International Affairs, N° 29, Center for International Affairs, Harvard University, 1972) y Arend Lijphart, *The Politics of Accommodations: Pluralism and Democracy in the Netherlands* (Berkeley, Cal.: University of California Press, 1975). Un excelente esbozo de estas ideas con aplicación al caso chileno se encuentra en los trabajos de Alberto Van Klaveren. Véase "Instituciones consociativas: alternativa para la estabilidad democrática en Chile", Documento de Trabajo N° 12, Centro de Estudios del Desarrollo, abril 1984.

Gráfico 1

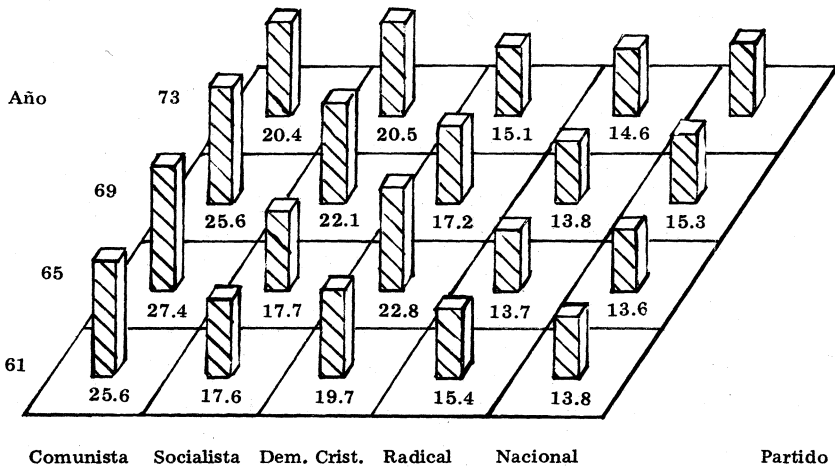
Porcentaje de Población Agrícola en Comunas
donde cada Partido recibe el 25% más Alto de Votación



Fuente: Chile, Dirección Nacional de Estadísticas, Censo de Población, 1970;
Chile, Dirección del Registro Electoral. Para 1961 y 1965 se combinaron
los partidos Conservador y Liberal.

Gráfico 2

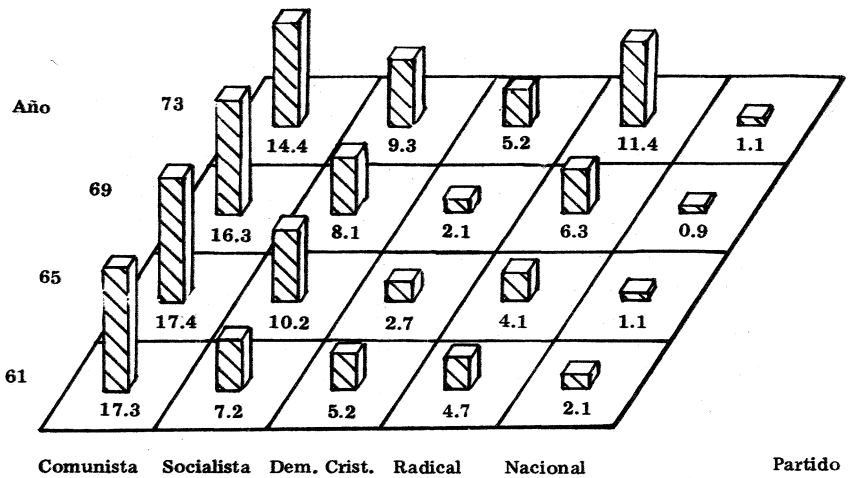
Porcentaje de Población Industrial en Comunas donde cada Partido recibe el 25% más Alto de Votación



Fuente: Chile, Dirección Nacional de Estadísticas, Censo de Población, 1970; Chile, Dirección del Registro Electoral. Para 1961 y 1965 se combinaron los partidos Conservador y Liberal.

Gráfico 3

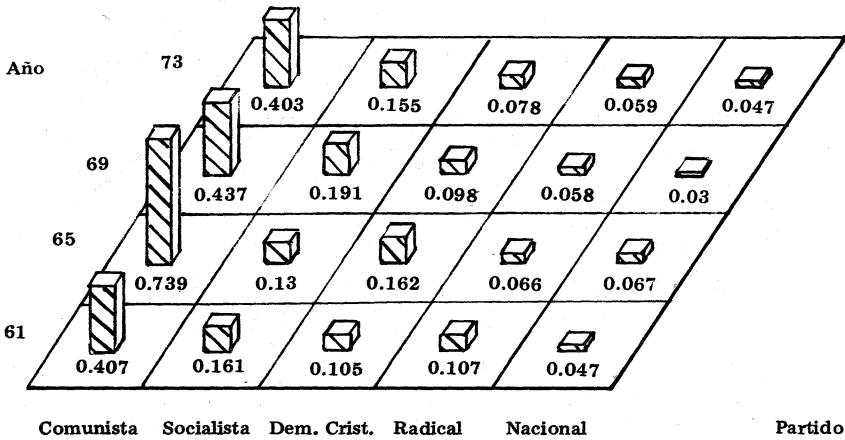
Porcentaje de Población Minera en Comunas donde cada Partido recibe el 25% más Alto de Votación



Fuente: Chile, Dirección Nacional de Estadísticas, Censo de Población, 1970; Chile, Dirección del Registro Electoral. Para 1961 y 1965 se combinaron los partidos Conservador y Liberal.

Gráfico 4

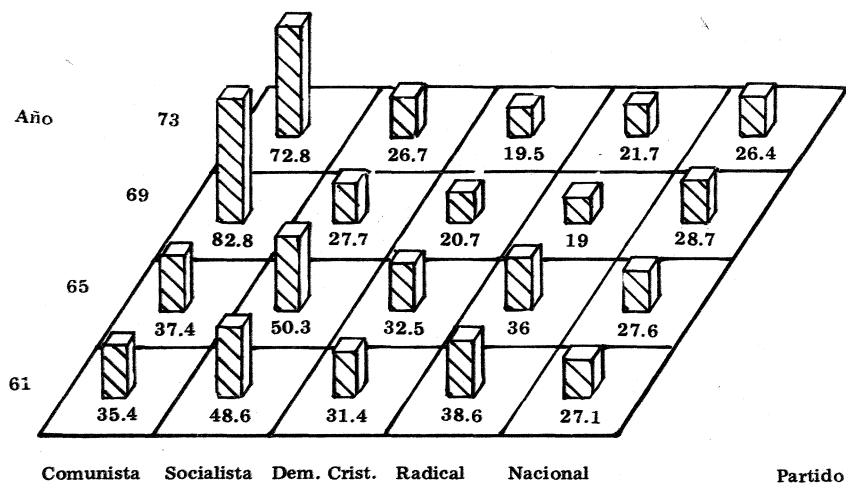
**Consumo per Cápita de Electricidad en Comunas
donde cada Partido recibe el 25% más Alto de Votación**



Fuente: Chile, Dirección Nacional de Estadísticas, Censo de Población, 1970; Chile, Dirección del Registro Electoral. Para 1961 y 1965 se combinaron los partidos Conservador y Liberal.

Gráfico 5

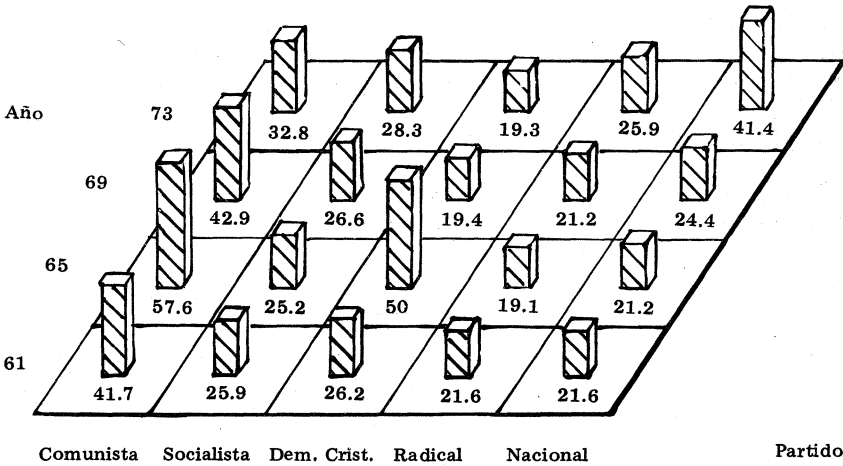
Porcentaje de Población en Ocupaciones Obrero-Industriales en Comunas donde cada Partido recibe el 25% más Alto de Votación



Fuente: Chile, Dirección Nacional de Estadísticas, Censo de Población, 1970; Chile, Dirección del Registro Electoral. Para 1961 y 1965 se combinaron los partidos Conservador y Liberal.

Gráfico 6

Porcentaje de Población en Ocupaciones de Clase Media en Comunas donde cada Partido recibe el 25% más Alto de Votación



Fuente: Chile, Dirección Nacional de Estadísticas, Censo de Población, 1970; Chile, Dirección del Registro Electoral. Para 1961 y 1965 se combinaron los partidos Conservador y Liberal.

CUADRO 1 ELECCIONES DE DIPUTADOS: RESULTADOS POR PARTIDO*

Partido	1932			1937			1941		
	Nº votos	% voto total	dip. elect.	Nº votos	% voto total	dip. elect.	Nº votos	% voto total	dip. elect.
Conservador	55.260	16,9	34	87.845	21,3	35	77.243	17,2	32
Liberal	32.645	10,0	18	85.515	20,7	35	63.118	14,0	22
Nacional									
Otros	22.214	8,1	9						
Derecha	110.119	35,0	61	173.360	42,0	70	140.361	31,2	54
Radical	59.413	18,2	34	76.941	18,7	29	98.269	21,9	44
Falange Nac./ Democracia Crist. Agraria Laborista									
Otros	45.040	13,7	20	38.702	9,4	12	41.144	9,1	11
Centro	104.453	31,9	54	115.643	28,1	41	139.413	31,0	55
Socialista de Chile				46.050	11,2	19	75.500	16,8	15
Socialista Popular									
Progresista Nac./ Comunista				17.162	4,2	6	53.144	11,8	16
Otros							23.702	5,3	3
Izquierda				63.212	15,4	25	152.346	33,9	34

*Partidos que han obtenido sobre el 5% del voto total en más de una elección parlamentaria. Los resultados no suman 100% por estar excluidos los partidos con menos del 5%, o aquellos que se presentan en una sola elección.

Partido	1945			1949			1953		
	Nº votos	% voto total	dip. elect.	Nº votos	% voto total	dip. elect.	Nº votos	% voto total	dip. elect.
Conservador	106.254	23,6	36	98.118	21,1	31	111.715**	14,4	18
Liberal	80.597	17,9	31	83.582	17,9	33	84.924	10,9	23
Nacional									
Otros	9.849 ¹	2,2	3	13.916 ²	3,0	4	21.381 ³	2,7	4
Derecha	196.700	43,7	70	195.562	42,0	68	218.020	28,0	45
Radical	89.922	19,9	39	100.869	21,7	34	103.650	13,3	18
Falange Nac./									
Democracia Crist.	11.565	2,6	3	18.221	3,9	3	22.353	2,9	3
Agrario Laborista				38.742	8,3	14	118.483	15,2	26
Otros	39.075 ⁴	8,7	11	60.869 ⁵	13,2	16	137.747 ⁶	17,6	21
Centro	140.562	31,2	53	376.553	47,1	67	382.233	49,0	68
Socialista									
de Chile	32.314	7,2	6	15.676	3,4	5	41.679	5,4	9
Socialista									
Popular				22.631	4,9	6	68.218	8,8	20
Progresista Nac./									
Comunista	46.133	10,3	15						
Otros	25.104 ⁷	5,6	3	5.125 ⁸	1,1	1			
Izquierda	103.551	23,1	24	43.427	9,4	12	109.893	14,2	29

* Partidos que recibieron sobre un 5% del total de votos en más de una elección.

** Votación combinada de los partidos Conservador y Conservador Unido.

1 Partido Liberal Progresista

2 Incluye partidos Conservador Tradicionalista y Liberal Progresista

3 Partido Nacional Cristiano

4 Incluye partidos Agrario, Alianza Popular, Lib. Democrático de Chile, Dem (0) de Chile

5 Incluye Radical Doctrinario, Radical Demo. Dem. de Chile, Dem (0) de Chile, Dem. del Pueblo, Acción Renov. de Chile, Mov. Soc. Cristiano.

6 Incluye partidos Agrario, Mov. Nac. Pueb., Unidad Popular, Acc. Ren. de Chile, Laborista.

7 Partido Socialista Auténtico

8 Socialista Auténtico.

Partido	1957			1961			1965		
	Nº votos	% voto total	dip. elect.	Nº votos	% voto total	dip. elect.	Nº votos	% voto total	dip. elect.
Cons. Unido	154.877 ¹	17,6	23	198.260 ²	14,3	17	121.822	5,2	3
Liberal	134.741	15,4	30	222.485	16,1	28	171.979	7,3	6
Nacional									
Otros	47.060 ³	5,9	7						
Derecha	336.678	38,9	60	420.745	38,4	45	293.801	12,5	9
Radical	188.526	21,5	36	296.828	21,4	39	312.912	13,3	20
Falange Nac./									
Democracia Crist.	82.710	9,4	17	213.468	16,1	28	995.187	42,3	82
Agrario Laborista	68.602	7,8	10						
Otros	87.320 ⁴	9,9	10	95.179 ⁵	6,9	12	111.275 ⁶	4,7	3
Centro	427.158	48,6	73	605.475	44,4	79	1.419.374	60,3	105
Socialista									
de Chile	38.783	4,4	7	149.122	10,7	12	241.593	10,3	15
Socialista									
Popular	55.004	6,3	5						
Progresista Nac./									
Comunista				157.572	11,4	16	290.635	12,4	18
Otros									
Izquierda	93.787	10,7	12	306.694	22,1	28	532.228	22,7	33

1 Votación combinada de los partidos Conservador y Conservador Unido

2 Conservador Unido

3 Incluye partidos Nacional y Nacional Cristiano

4 Incluye partidos Radical Doctr., Democrático, Mov. Repub. de Pueblo, Laborista y del Trabajo

5 Democrático Nac.

6 Democrático, Democrático Nac., Acción Nacional

Partido	1969			1973		
	Nº votos	% voto total	dip. elect.	Nº votos	% voto total	dip. elect.
Conservador						
Liberal						
Nacional	480.523	20,0	33	777.084	21,1	34
Otros						
Derecha	480.523	20,0	33	777.084	21,1	34
Radical	313.559	13,0	24	133.751	3,6	5
Falange Nac./						
Democracia Crist.	716.547	29,8	56	1.049.676	28,5	50
Agrario Laborista						
Otros						5
Centro	1.030.113	42,8	80	1.183.427	32,1	60
Socialista						
de Chile	294.448	12,3	15	678.674	18,4	28
Socialista						
Popular						
Progresista Nac./						
Comunista	383.049	15,9	22	595.829	16,2	25
Otros						3
Izquierda	971.945	28,2	37	1.274.503	34,6	56

Fuente: Compilado con datos de la Dirección del Registro Electoral. Santiago, Chile.

CUADRO 2 GANANCIAS Y PÉRDIDAS DE LOS PARTIDOS CHILENOS POR COMUNA:
1961-1971

	Comunas en que ganó		Comunas en que perdió		Comunas que ganó lejos		Promedio	
	Cant.	%	Cant.	%	Cant.	%	Cant.	%
Comunista	70	-5.5	216	10.9	89	18.9	287	6.9
Socialista	65	-7.6	221	11.6	86	20.4	287	7.3
Dem. Cristiana	24	-9.2	262	16.3	112	25.0	287	14.2
Radical	268	-17.8	18	7.6	8	12.9	287	-16.2
Nacional	263	-16.7	23	7.1	9	15.4	287	-14.8
Otros	82	-11.5	204	8.4	149	11.0	287	2.7

n = 287

Fuente : Compilado con datos de la Dirección del Registro Electoral, Stgo. Chile.

Nota : Comunas con alta ganancia son aquellas donde los partidos reciben un porcentaje mayor a su promedio nacional.

CUADRO 3 INDICE FRACCIONAMIENTO, NÚMERO DE PARTIDOS Y PESO RELATIVO DE LOS CINCO PARTIDOS MÁS GRANDES EN LAS ELECCIONES PARLAMENTARIAS CHILENAS: 1932-1973

	1932	1937	1941	1945	1949	1953	1957	1961	1965	1969	1973
Índice Rae*	.903	.865	.861	.854	.870	.929	.890	.860	.770	.815	.815
Número de partidos con asientos en el Congreso	17	11	12	12	14	18	13	7	7	5	
Porcentaje de la votación obtenido por los cinco partidos más grandes	58.8	76.8	81.7	78.6	74.0	58.3	52.5	78.6	85.6	90.9	87.8
Porcentaje de asientos obtenidos por los cinco partidos más grandes	74.6	76.8	87.7	86.4	81.6	70.5	77.5	83.6	95.9	100	100
Índice Laakso y Taagera**	10.03	7.4	7.2	6.8	7.7	13.2	9.1	7.1	4.3	5.4	5.4

Fuente : Compilado con datos de la Dirección del Registro Electoral, Santiago, Chile.

* El índice de Rae es:

$$F = 1 - \frac{\sum_{i=1}^h S_i^2}{n}$$

donde S_i es el porcentaje de los votos obtenidos por el partido y en relación al número total de votos emitidos.

** Basado en Rae.

CUADRO 4 PORCENTAJE DE LA VARIANZA (R2) DEL ÍNDICE DE FRAGMENTACIÓN
EXPLICADO POR DISTINTOS INDICADORES SOCIOECONÓMICOS EN AL-
GUNAS ELECCIONES PARLAMENTARIAS

	Urbani- zación	Tamaño comuna	Porcentaje población ocupada en minería	Porcentaje población ocupada en agricul- tura	Porcentaje población ocupación cl. obrera	Porcentaje población ocupación clase media
Frg. 61	.07	.11	.006	.14	.006	.002
Frg. 65	-.003	-.003	.01	.01	.006	-.007
Frg. 69	.08	.03	-.001	.05	.002	.007
Frg. 73	.02	.04	.07	-.003	.002	.0006

n = 287

Fuente: Compilado con datos de la Dirección del Registro Electoral, Stgo. Chile.

CUADRO 5 INDICES DE COMPETENCIA PARTIDISTA EN FRANCIA, CHILE Y REGIONES DE CHILE EN UNA ELECCIÓN PARLAMENTARIA Y UNA ELECCIÓN MUNICIPAL*

	Francia	Chile	I Reg.	II Reg.	III Reg.	IV Reg.	V Reg.	VI Reg.	VII Reg.	VIII Reg.
Elección Parlamentaria	3.37	3.95	3.86	3.86	4.05	4.0	4.12	3.92	4.08	3.25
Elección Municipal	1.64	3.83	3.89	3.95	3.73	3.84	3.79	4.10	3.53	3.61

n = 287

* Nota : La fórmula del índice de Competencia Partidista es la siguiente:

$$I = \frac{k}{y} \text{antiloge} \left\{ - \sum_{i=1}^k p_i \log_e p_i \right\}$$

En que k = número de partidos que presentan listas;

p_i = proporción de la votación de la lista i ésima;

$\sum p_i = 1$. Se eliminaron del cálculo las listas o los candidatos que recibieron menos del 5% de la votación.

Fuente : El índice de competencia partidista y los datos de Francia se tomaron de M. Kesselman, *The Ambiguous Consensus: A Study of Local Government in France* (New York: Alfred Knopf, Inc., 1967). Los datos de índice de Chile se compilieron en la Dirección del Registro Electoral, Santiago, Chile. Kesselman señala que el índice "mide el grado en que los votos de una comuna se distribuyen entre listas o candidatos en competencia. Aumenta a medida que crece el número de candidatos o de listas y a medida que convergen los porcentajes de la votación total que reciben los candidatos o las listas. El valor del índice está en su capacidad para medir la estrechez del resultado electoral en un sistema multipartidista". (Kesselman, p. 27.)

CUADRO 6 PORCENTAJE DE COMUNAS POLARIZADAS Y VOTACIÓN PROMEDIO EN COMUNAS POLARIZADAS, POR TENDENCIAS: 1961, 1969 Y 1973*

	1961	1969	1973
Porcentaje comunas polarizadas	35 % (102)	27 % (77)	55 % (158)
Porcentaje izquierda	30.0%	29.4%	34.7%
Porcentaje centro	33.1%	40.7%	33.1%
Porcentaje derecha	33.8%	25%	25.6%

* Nota : Comunas polarizadas son aquéllas en que tanto la derecha como la izquierda obtuvieron más del 25% de la votación.

Fuente : Compilado con datos de la Dirección del Registro Electoral. Stgo., Chile.

CUADRO 7 PORCENTAJE DE LA VARIANZA EN LA VOTACIÓN PARTIDISTA (R2) EXPLICADA POR DIVERSAS CATEGORÍAS OCUPACIONALES EN LAS ELECCIONES PARLAMENTARIA Y MUNICIPAL DE 1969 Y 1971, POR COMUNAS

	1969	1971
Nacional	.17	.16
Comunista	.33	.32
Socialista	.08	.09
Demócrata Cristiana	.08	.07
Radical	.07	.05

n = 287

Fuente : Compilado con datos de la Dirección de Registro Electoral, Stgo., Chile.

CUADRO 8 AUTOIDENTIFICACIÓN DE CHILENOS EN CUANTO A PREFERENCIA POLÍTICA Y CLASE SOCIAL

Clase Social	Alta		Media Alta		Media Baja		Obrera		No responde		Total	
	N	%	N	%	N	%	N	%	N	%	N	%
Preferencia política												
Derecha	11	78.6	67	33.0	98	32.8	60	29.4	17	54.8	253	31.4
Centro	3	21.4	63	31.0	59	19.7	19	9.6	0	0.0	144	17.8
Izquierda	0	0.0	37	18.2	58	19.4	100	31.1	3	9.7	198	24.5
Otras	0	0.0	4	2.0	4	1.3	3	0.7	1	3.2	12	1.5
No responde	0	0.0	32	15.8	80	26.8	78	29.2	10	32.3	200	24.8
Total muestra	14		203		299		250		31		807	

Fuente : International Data Library and Reference Service. Survey Research Center, "1958 Presidential Election Survey in Santiago, Chile" (University of California, Berkeley).

CUADRO 9 CORRELACIONES ENTRE LA VOTACIÓN DE LOS PRINCIPALES PARTIDOS CHILENOS EN LAS ELECCIONES MUNICIPALES DE 1963 Y 1971, POR COMUNAS, CENTROS URBANOS IMPORTANTES, OCHO REGIONES Y TOTAL NACIONAL

	Comunista	Socialista	Radical	Democracia Cristiana	Nacional
Nación	.84	.53	.45	.27	.72
Centros urbanos importantes	.85	.39	.82	.49	.71
Y Región Tarapacá-Coquimbo	.83	.60	.43	.47	.65
II Región Aconcagua-Valparaíso	.80	.60	.67	.27	.73
III Región Santiago	.83	.22	.55	.23	.64
IV Región O'Higgins-Ñuble	.74	.60	.42	.12	.73
V Región Concepción-Arauco	.72	.59	.47	.69	.70
VI Región Biobío-Cautín	.86	.28	.33	.03	.35
VII Región Valdivia-Chiloé	.57	.43	.05	.12	.60
VIII Región Aisén-Magallanes	.67	.60	.24	.93	.93

N = 287

Nota : La votación de los partidos Conservador y Liberal en la elección de 1963 se sumó. Son centros urbanos importantes aquellos cuya población es superior a 50.000 personas, 40 comunas en total.

Fuente : Resultados electorales de la Dirección del Registro Electoral, Stgo., Chile.

CUADRO 10 ULTIMOS PRESIDENTES Y APOYO APROXIMADO DE COALICIÓN Y CONGRESO

Presidente	Años	Partidos de Coalición Presidencial	Apoyo Central	Mayoría/Minoría
G. González Videla 1946-1952	1946-1949	Radical Comunista Falange Nacional	Minoría	Radical
	1949-1957	Conservador- Tradicional Liberal Radical	Minoría	Radical
C. Ibáñez 1952-1958	1952-1955	Agrario Laborista Socialista- Popular Otros Fragmentos Izquierda y Derecha	Minoría	Agrario Laborista
	1955-1958	Agrario- Laborista Apoyo cambiante diverso		
J. Alessandri 1958-1964	1958-1960	Liberal (no oficial) Conservador (no oficial) Independientes	Minoría	
	1961-1963	Radical Liberal	Mayoría en Cámara Mayoría en Senado	Liberal
	1963-1964	Conservador Conservador Liberal	Minoría en Cámara Minoría en Senado	Conservador Liberal Conservador
E. Frei 1964-1970	1964-1965	Demócrata- Cristiano	Minoría	Demócrata Cristiano
	1965-1969	Demócrata- Cristiano	Minoría en Senado Mayoría en Cámara	Demócrata Cristiano
	1969-1970	Demócrata Cristiano	Minoría	Demócrata Cristiano
S. Allende 1970-1973	1969-1973	Socialista Comunista Radical	Minoría	Socialista Comunista

Fuente : La fuente más útil para compilar este cuadro fue Lía Cortés y Jordi Fuentes, *Diccionario político de Chile* (Santiago, Editorial Orbe, 1967). Se consultaron también numerosas obras secundarias. Cabe señalar que este cuadro es solamente aproximado y no incluye variaciones anuales más complejas ni variaciones respecto de asuntos particulares.

CUADRO 11 CAMBIOS DE GABINETE Y ROTACIÓN MINISTERIAL EN PRESIDENCIAS CHILENAS

Presidente	Número Minis. Interior	Número cambios gabinete parciales	Número cambios gabinete importantes	Total Minis.	Promedio duración gabinetes	Promedio duración ministros en cargo
Arturo Alessandri 1932-1938	6	2	3	59	10 meses	12 meses
Pedro Aguirre Cerda 1938-1942	7	2	2	44	9 meses	11 meses
Juan Antonio Ríos 1942-1946	8	3	5	84	6 1/2 meses	6 meses
Gabriel González V. 1946-1952	4	2	2	78	7 meses	11 meses
Carlos Ibáñez 1952-1958	8	3	5	75	7 meses	12 meses
Jorge Alessandri 1958-1964	2	1	1	20	29 meses	43 meses
Eduardo Frei 1964-1970	3	2	1	22	31 meses	40 meses
Salvador Allende 1970-1973	9	1	5	65	5 5/6 meses	7 meses

Fuente : Sobre los cuatro primeros gobiernos, datos sacados de las informaciones disponibles en Luis Valencia A., *Anales de la República*, 2 Vols. (Santiago: Imprenta Universitaria, 1951.) Sobre los demás se consultó *Hispanic American Reports, Facts on File* y *El Mercurio Edición Internacional*.